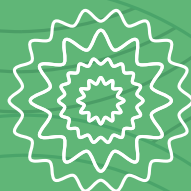


CONCURSO DE CUENTOS
**TRESCIENTOS AÑOS
DE MONTEVIDEO**
AUDEPP - 2024



audepp
asociación
uruguaya
de psicoterapia
psicoanalítica

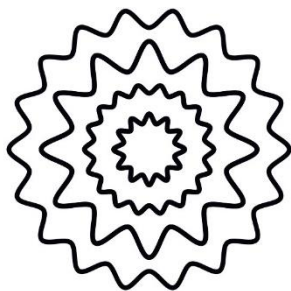


iupa
instituto
universitario
de postgrado
de audepp

CONCURSO DE CUENTOS

TRESCIENTOS AÑOS DE MONTEVIDEO

audepp
asociación
uruguaya
de psicoterapia
psicoanalítica



iupa
instituto
universitario
de postgrado
de audepp

2024

Comisión Directiva de AUDEPP Período 2023 – 2025

Presidenta: Lic. Psic. Silvia Tejería

Vice-Presidenta: Lic. Psic. Magdalena Lema

Secretaria: Lic. Psic. Mariana Pisano

Pro-Secretaria: Lic. Psic. María Eugenia Noble

Tesorero: Lic. Psic. Daniel Pereira

Pro-Tesorero: Lic. Psic. Félix Miranda

Vocal: Lic. Psic. Marta Negrín

Comisión Espacio Cultural

Lic. Psic. Violeta García

Lic. Psic. Patricia Cafasso

Lic. Psic. Luis Correa Aydo

Imagen de tapa- *Principio y fin del suroeste*

Lic. Psic. Carolina Barrós

ÍNDICE

Acta y Fallo del concurso de cuentos <i>Trescientos años de Montevideo</i>	4
<i>Calles y monedas</i>	
Rafael Sibils.....	6
<i>Metrópolis</i>	
Heber Olase	32
<i>Los distraídos</i>	
Hernán Darío Velázquez Russo.....	44
<i>Flores(siendo)nos</i>	
Ximena Gadnich.....	62
<i>En la periferia de Montevideo</i>	
Yoselyn Pereira Carle.....	66
<i>La foto velada</i>	
Mariana Rubio.....	69
<i>Lunar montevideano</i>	
Yael Szajnholc.....	78

NOTA: Además de los tres cuentos que fueron objeto de premiación, siguiendo la recomendación del Jurado, se edita la casi totalidad de los demás relatos que concursaron. Agradecemos a los autores que aceptaron que sus obras fueran incluidas en esta publicación.

AUDEPP - 2024
ACTA Y FALLO DEL CONCURSO LITERARIO
“TRESCIENTOS AÑOS DE MONTEVIDEO”

En Montevideo, el 2 de setiembre de 2024, reunido el Jurado del Concurso de cuentos “Trescientos años de Montevideo”, convocado por la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica (AUDEPP) en ocasión de conmemorarse los 300 años de la ciudad de Montevideo, después de un cuidadoso estudio de la producción presentada resuelve:

1) Otorgar por unanimidad el Primer Premio a *Calles y monedas*, seudónimo “Janice”. Un cuento narrado casi enteramente a través de diálogos que resultan muy efectivos. Posee una buena anécdota, la trama es inteligente, los personajes están bien diseñados y hay vaivenes de espacio y tiempo equilibrados. A través del tipo de incisos usados, el relato bien pudo haber sido escrito pensando en una obra de teatro, una suerte de puesta en escena narrativa que repercute de buena forma en las imágenes montevideanas ofrecidas al lector.

2) Otorgar por unanimidad el Segundo Premio a *Metrópolis*, seudónimo “Frezer”. Un cuento reflexivo e inclemente, que se detiene en descripciones acertadas y deja entrever ciertos espacios que sugieren ramalazos de la dictadura y del tema de los detenidos desaparecidos. Montevideo parece una ciudad viva y muerta al mismo tiempo. Es un texto difuso y desgarrador expresado desde el monólogo interior de un narrador muy eficaz.

3) Otorgar por unanimidad una Mención Especial a *Los distraídos*, seudónimo “El arrabalero”. El cuento tensa la cuerda del humor irónico y tiene un personaje muy bien logrado que de alguna forma recuerda al Ignatius Reilly, de *La conjura de los necios*. Este hombre sucio y taimado bucea en la tradición de una picaresca oriental de seres arteros y granujas, instalados en una Montevideo bien representada a través del lenguaje.

Los tres relatos seleccionados – también los que en esta oportunidad no pudieron serlo – manifiestan una notoria preocupación social por las marginalidades que al Jurado le pareció muy significativa.

Silvia Viroga

Alberto Gallo

Alicia Torres

Abiertos los sobres con la identidad de los autores premiados se establece la siguiente correlación:

1er. Premio - “Janice” corresponde a **Rafael Sibils**

2do. Premio - “Frezer” corresponde a **Heber Olase**

Mención Especial - “El arrabalero” corresponde a **Hernán Darío Velázquez Russo**

Se da paso a Secretaría para comunicación del presente fallo a todos los concursantes, con las felicitaciones correspondientes a los ganadores

Comisión Espacio Cultural de AUDEPP

Violeta García

Patricia Cafasso

Luis Correa

Silvia Tejería
Presidenta de AUDEPP

CALLES Y MONEDAS

Rafael Sibils

— ¡Ardecó, Yose, ardecó! — dijo El Goya mientras desplegaba hábilmente cartones sobre la lona plástica dispuesta bajo el balcón. El pelo castaño y enrulado sobrepasaba un poco sus hombros, y — aunque bastante sucio — acompañaba con cierta armonía el balanceo de su cuerpo alto y delgado, algo encorvado, y se continuaba en una barba nutrida y desprolija — ¿De qué lado viene el viento?

— Yo qué sé, loco, acá el quilombo es la lluvia — respondió ella (o él; un observador no hubiera notado mayor diferencia entre tanta ropa y ronquera) de mal humor —. Es igual.

— No, no es igual. El viento del este trae más agua; el del sur, frío. Esta casa es sólida; la arquitectura, el diseño, la construcción, los materiales. El viento, te pregunté ¿qué te parece?

— Sur, ponele. La lluvia para en un rato, aunque los pronósticos siempre son cualquiera. Pero dale, ranchamos acá y vemos; a esta hora nadie se va a quejar — los giros de la cabeza encapuchada de Yose eran nerviosos y precisos, de felino alerta.

— Seguro que es gente sensible... no hagas bardo; habla bajo — cauteloso El Goya —. Qué buen diseño tiene la casa, y se nota el cuidado.

— Qué carajo te interesa, boludo, no es tuya.

— No, claro, pero uno va encontrando lugares en el mundo, algunos mejores que otros. Paredes firmes, calidad, aislación térmica y acústica, te digo. Acá nos quedamos tranquilos.

— Lo único que importa es estar protegidos hoy.

Martina estornudó mientras trasladaba su taza hacia la amplia mesa de desayuno, aunque logró evitar que se volcara.

— ¡Bien, Marti! Entrenar te mejora el equilibrio — Javier sonriente.

— ¿Vos decís, papá? Para mí que igual no se derramaba.

— Creo que te está haciendo bien —acotó Elena desde detrás de Martina, dirigiendo un gesto de aprobación a su marido—. Además salís un poco de las pantallas y ves gente de verdad.

— Ah, si es por eso, desde que cumplió diez socializa mucho... especialmente con los de sexto, que le pasan tirando onda —intervino Juan Manuel desde el living terminando de abotonarse la camisa.

— ¡No seas estúpido, Juanma! ... Vos ni siquiera estás ahí... seguro que en el liceo te vas a fumar con los giles de tus amigos — no se arredró Martina.

— Bueno, terminemos de desayunar y salimos — interrumpió la rivalidad Javier —. El partido es a las diez ¿no? Voy a traer el auto.

— Sí, pero tenemos que estar media hora antes — ansiosa Martina.

— Chicos — intervino Elena —, vayan a prepararse. Y vos, Juanma, no molestes a tu hermana. Tiene que estar tranquila y concentrada para jugar.

— ¿Viste? Te dije que en este lugar íbamos a estar bien. El solcito de la mañana ayuda, ¿eh? Y los pájaros — con entusiasmo El Goya.

— Sí, no sé... mucho estilo, arquitectura, y sol y pájaros, pero el tipo es una mierda. No le importa que nos estemos cagando de frío al hijo de puta. Ni nos miró a la cara — agría Yose.

— Bueno, tampoco somos del barrio. Al principio les da miedo, pero después puede haber buena onda. Me gustaría vivir en esta zona; lindos árboles, poco tránsito, buenos servicios...

— Rescatate, logi. Estamos en la calle. Somos indigentes, poca cosa, una basura. Piensan que los estamos carpeteando para chorearlos.

— Mirá, pendeja, no sé de dónde saliste, pero si algo aprendí es que de prepo no ganás más que asustar a algunas viejas. Así que son... vecinos.

— Asco les damos, ¿no? Digo, al tipo de la casa; a todos. Y desconfianza. No lo justifiques al sorete ese. No le costaba nada darnos algo — casi gritando Yose.

— ¡Shhh! ¡Silencio, boluda! Y sí, le costaba tener que hablar con nosotros — El Goya pacientemente.

— Ehh... ahora tengo bruta lija. ¿Te quedó algún mango?

— Tas chapita. Vamos a tener que laburar alguna cuadra, así que aguantá.

— Era obvio que nos iba a tocar; van cambiando de barrio — Javier, entre fastidiado y demandante —. La policía los corre, los internan a veces,

pero siguen en la calle, buscan otros lugares. Es un asco, orinan y todo ahí; un peligro además. Alguien tendría que hacer algo. Voy a llamar a la Seccional; no me gusta, pero menos me gustaría tener problemas con estos tipos. Capaz que están vigilando para entrar a robar. Es lamentable empezar un domingo así.

— Por ahora no hicieron nada... no sé qué le vas a decir a la policía — Elena, molesta con la situación e, inesperadamente, con Javier.

— Cuando salí a buscar el auto, estaban acá abajo. Me parece que hacía rato. Saludaron y pidieron algo para comer. Yo entiendo, pobre gente, pero ni les respondí, porque si les das no te los sacás más de encima.

— Es difícil, Javi. El hambre, el frío...

— Voy a ver si están y les digo que ahí no pueden dormir ni quedarse. Si no, llamo... tal vez al Mides en lugar de la policía. Además hay una ley para internarlos aunque no quieran, para que se recuperen.

— ¿O para sacarlos de la calle? Creo que tienen derecho a estar ahí; esa ley requiere que venga un médico o algo así y no es fácil — cuestionó Elena —. Voy a darles lo que quedó de anoche y les digo que tengo que lavar la vereda; seguro que no van a complicarla — agregó adusta —. Además tenemos que salir en unos minutos; de lo contrario, Martina llegará tarde. De última, vas vos con los chicos y yo me quedo.

— No, no. Me quedo yo. Podrían treparse al balcón, arrancar las rejas; pasa a cada rato en los edificios. O llegar hasta la azotea y entrar por el fondo — Javier reiterativo —. También podemos pedirle a Lidia que venga; pasamos y le dejamos la llave. Aunque, andá a saber; empezó a trabajar acá hace poco... mirá si tiene algo que ver con estos dos.

— La deben estar pasando mal, pero eso no los convierte en delincuentes — insistió Elena.

— Además, ahora no me animo a dejar solo al Fidel.

— Bueno, no nos van a robar el perro. Justamente para eso lo tenemos, Javi.

— ¿Qué pasa con Fidel? — preguntó Juan Manuel inquieto, elevando la voz, en tanto bajaba la escalera —. ¿Quién está afuera, bajo el balcón?

— No, nada, no te preocupes — intentó tranquilizarlo Javier—. Hay unos tipos... se ve que durmieron ahí. Pero ya se van.

— ¿Seguro que se van?

— La directora de la escuela dio una charla; dijo que hay que tener cuidado pero también ser respetuoso con las personas en situación de calle, porque muchas veces son enfermos — Martina ansiosa, lista para salir.

— ¿Enfermos? ¿Contagian? — Juan Manuel, burlón.

— No, boludo. Enfermos de la cabeza. O pastabaseros.

— ¿Y vos qué sabés de eso, boluda? ¿Te lo enseña la directora? Estos tipos patotearon a un amigo. Lo fajaron y le afanaron el celular; la madre dice que hay que matarlos porque es imposible que se recuperen.

— Bajen la voz, no sea que nos escuchen —acotó preocupado Javier—. . Ahora hagan lo que digo, vayan con su madre, los acompaño hasta el auto.

— Te dije que no armaras bondi, que no levantarás volumen, pero la fisura te mata, ¿eh? — refunfuñó El Goya sin mucha vehemencia —. Qué cagada.

— ¿Te preocupa joderlos? ¿Tenés miedo de quedar mal, gato? — Yose despreciativa.

— No hay por qué hacer enemigos.

— Claro que no; ya están hechos. Flor de pancho, sos. No nos bancan; les importamos un carajo.

— Bueno, no es tan así. Convivimos; somos "ocupas" de su tiempo y unos cuantos de sus espacios. Seguro que nos tienen en cuenta — El Goya persuadido.

— ¡Delirado del orto! Les chupa un huevo si nos morimos. Son todos iguales: una mierda.

— ¿Qué tirás, flaca? Como si conocieras a todo el mundo. Supongo que la habrás pasado mal, pero no siempre tiene que ser así — El Goya conciliador —. Eh... ¿es cierto que te llamás Yose? A mí me dicen El Goya, pero me llamo Francisco. ¿Y vos?

— A mí me dicen Yose.

— La vista es estimulante y el desayuno excelente, ¿no le parece, Graciela? — dijo Burgos sirviéndose café.

— Gracias por la invitación.

— Piso veinticinco, la plaza, la ciudad ordenada aunque sea un lunes en el centro.

— Sí, en general es así. Pero continuemos con lo que empezamos la semana pasada por teléfono, Burgos.

— Naturalmente. Mi padre decía que si las cosas estaban difíciles, esta ciudad era el lugar para recuperarse, para afianzar el respeto y la autoestima después de naufragios de cualquier índole: amor, enfermedad,

fracaso económico, antagonismos. Para perdonar, perdonarse y volver al trillo.

— ¿Su padre vivía acá?

— Tengo entendido que solo estuvo un par de veces, pero tenía muchos contactos y amigos. Luego tuve oportunidad de experimentar en carne propia una situación complicada, y reafirmé lo que él decía; por eso elegí Montevideo — Burgos, franco pero cauteloso.

— ¿Un lugar para reponerse y organizarse?

— Sí. Gente amigable, pero a la vez lo suficientemente fría, retraída y discreta como para poder refugiarse de la mirada de los demás y un poco de la propia. Un lugar amable pero que habilita una distancia apropiada ¿no le parece?

— No lo sé. No había pensado desde esa perspectiva acerca de esta ciudad, de los uruguayos.

— No los uruguayos: los montevidéanos. No creo que sea lo mismo en las ciudades del interior. La cercanía, la curiosidad invasiva, las intromisiones no permitirían el equilibrio necesario para lamerse las heridas, barajar y dar de vuelta.

— Ok, Martina; creo que hoy serás titular. Me contó tu madre que el domingo pasado, cuando entraste, fuiste importante para la victoria. Te lo ganaste — afirmó Javier.

— Eso depende de la entrenadora, papá.

— Me perdí tu primer partido por esos tipos, pero hoy voy de cualquier manera, aunque otra vez están bajo el balcón. Durmieron ahí dos noches y desaparecieron, pero ayer se instalaron nuevamente. No estuviste bien al darles comida, Elena — añadió Javier.

— Yo qué sé, se mostraron agradecidos, tenían hambre — Elena un tanto ensimismada —. En algún momento se irán.

— Sí, eso espero. Pero saben que no queda nadie en la casa. A Fidel lo llevamos hoy. Esta mañana temprano lo saqué a pasear y se acercó a oler al grandote. No me dio tiempo de retirarlo; el tipo lo acarició y no pasó nada — añadió Javier—. De todos modos, no hay que hablar con ellos — conminó.

— El otro día Martina lo hizo cuando salimos para el colegio — irrumpió Juan Manuel, más asustado que con el simple ánimo de fastidiar a su hermana.

— ¿Sobre qué hablaron? — Javier tenso.

— Me preguntaron cómo se llamaba el perro, si yo iba al colegio, y el alto — El Goya, se llama — contó que él también había estudiado. Ahí dije que nos teníamos que ir. Tiene una voz rara, como esos que cantan ópera, y los ojos muy abiertos.

— ¿Y el otro?

— Es una mujer, me parece — afirmó Juan Manuel.

— ¿Estás seguro? — inquirió Javier—. A mí me pareció un muchacho — dijo, mientras Elena observaba.

— Una mujer. Rubia — insistió el adolescente.

— Usted habla como un experto en ciudades... en relaciones... un sociólogo urbano — Graciela inquisitiva.

— Nada de eso. Hace años tuve que estar un tiempo anónimo para recobrar ciertos equilibrios y me fue bien acá. No soy el único. Si busca, encontrará ejemplares distribuidos por ahí, disfrutando de los intersticios —aclaró Burgos.

— ¿Gente que huye de la ley, de deudas, de venganzas?

— Sí, pero no exclusivamente ni en su mayoría. También de su propia historia, de momentos duros.

— No sé... Montevideo para reconstituirse. De acuerdo, tal vez sea una ciudad un tanto estable y compasiva, pero también puede ser hostil y dura, sobre todo últimamente. Depende para quién y desde dónde se mire —Graciela reflexiva.

— Sí. Puede ser agresiva, como todas. Eso no quita que al mismo tiempo sea respetuosa y moderada en buena medida.

— Nunca lo había pensado de esa manera; quizás al vivir acá se dan por sentadas ciertas cosas. De todos modos, usted podría haber elegido otro lugar en Argentina. También tiene ciudades tranquilas, pausadas, con modos más... ehh...

— Más montevidéanos, diríamos los porteños.

— Puede ser.

— Entonces, con el original a disposición, ¿por qué buscar otro lugar?

Una estridente esquina nocturna de neón y frío, la música a elevado volumen en su automóvil a gran velocidad por calles no del todo vacías. Intentó frenar, impactó contra un taxi, no logró recuperar el control. Dos figuras borrosas que inmediatamente se convirtieron en adolescentes despreocupados; el sordo sonido de dos golpes separados por décimas de segundo grabado para siempre en su mente y luego un enrarecido silencio, abrumador pese al tumulto del entorno. El tiempo se ralentizó mientras Patricia salía temblorosa del auto, la helada llovizna en su cara, los cuerpos en el suelo, el miedo, una neblina densa y oscura.

— Yose. Yo sé. Sé yo. Sello. Yo sé line: informed line. Yo Celine. Yo Cieline. Me, skyline. Yo Selene; luz de luna, in the skyline. ¡Fantástico nombre para jugar! ¿Lo hacías? ¿Lo hacían tus amigos? — preguntó animado El Goya.

— No.

— ¿Dónde vivías, qué amistades tenías, quiénes son tus familiares, en qué lugar creciste, de quiénes te enamoraste, qué te gusta hacer, qué juegos te complacen y te estimulan, cómo llegaste acá?

— ¿Algo más? — cuestionó irónica Yose.

— Sí, claro: qué comidas prefieres, si te gustan los perros, cuáles eran tus sueños, dónde te educaste, con quién te iniciaste sexualmente, cómo se llamaba tu muñeca preferida, a quién odias y por qué.

— Dos o tres veces dormimos bajo el mismo balcón rococó.

— Art decó.

— Eso. Y querés saber todo, como si tuvieras derecho... o me fueras a chivatear.

— Uh, sí. Pero es pura curiosidad. La que lleva a los artistas a explorar y al hombre a Marte. Ok, también la que mató al gato y a millones de personas víctimas de las curiosidades bélicas de otros.

— Qué mierda importa todo eso... la guerra y Marte.

— Marte es el dios de la guerra.

— Sí, ya sé.

— Bueno, si sabés eso queda alguien ahí, dentro de la cáscara. Me gusta decir “a Marte”. A-marte. Amarte.

— No me jodas. Y ni lo sueñes.

— No estaba hablando de vos específicamente, ni de nada concreto, sino del verbo en sí. La verdad es que no me interesaría mucho estar contigo.

— Coincidimos.

— Es muy raro que no te haya visto antes, Yose; se te nota la calle. El dolor, las cicatrices, los tatuajes. Hace mucho que ando en veredas, refugios y pensiones, y no te tenía fichada. Y soy muy curioso y sociable, y caminé la city de punta a punta.

— Yo no. Debe ser por eso — Yose lacónica.

— Hace quince años éramos menos, casi todos nos conocíamos y el trato con las... personas de bien, digamos, era más directo y confiado. Les dábamos lástima, curiosidad y la oportunidad de ser buena gente todos los días. También había asco y rechazo, pero menos que ahora. Y no tanto miedo.

— Me chupa un huevo lo que piensen; se cagan en nosotros.

— Hoy la solidaridad no está tan cerca, y cuando aparece no es artesanal, a medida, como antes. Sigue estando, pero es más formal... declaraciones o acciones de grupos. Mucha gente es buena onda, intenta legítimamente ayudar, pero tratan de exponerse menos a tocarnos, a vernos.

— Qué pichón que sos...

— La escala es importante, Graciela. En esta ciudad las distancias y diferencias son menores. Todos están más próximos en hábitos y convenciones: cultural, geográfica, familiar, económicamente. Más cerca de hechos y personajes; de políticos, deportistas, actores, lo que sea; todos esos dioses menores que andan por ahí.

— ¿Mayor proximidad entre... brillo y mediocridad, dice usted? —
Graciela ya de lleno en el intercambio —. ¿Entre miseria y lujo?

— Sí. La cercanía desdibuja los agudos y diluye la envidia. Acá el éxito y el fracaso van por la misma calle; puede que por aceras opuestas, pero la calzada se cruza fácilmente y en forma inadvertida si uno no está atento. La alternancia es siempre posible; son unos pocos pasos, hoy al norte y mañana al sur. Una alerta amable que recuerda que en principio, pero también en concreto, nadie es mucho más que nadie.

— ¿Le parece, Burgos?

— Acá es una opción mirarse al espejo sin quedar ensimismado ni huir diluyéndose en la estupidez que invariablemente ofrece el entorno. Los espejos los sostienen otros no demasiado malintencionados pero

tampoco incondicionales ni muy pacientes. Esta ciudad evoca prudencia, humildad, consideración. Es más permisiva y homogeneizadora; hay menos presión en la piel. Cuando alguien está entreverado necesita eso y no miradas incisivas o implacables.

— No sé, Burgos, puede ser; quizás usted le tomó el pulso mejor que yo. Aunque es posible que esa modalidad se esté perdiendo.

— Creo que no. La memoria e inercia cultural de Montevideo rehúyen sensacionalismos y estupideces. Siguen impregnadas de ese pasado que importa, el que subyace en la vida cotidiana sin que la gente se dé cuenta.

— Ojalá esté en lo cierto — expresó Graciela pensativa, dando lugar a un prolongado silencio.

— Bueno, es momento de hablar de la razón por la cual me comuniqué con usted.

— De acuerdo; vamos a hacer pie.

— Por otra parte, en la calle también cambiamos — opinó El Goya — . Somos más, y llega mucha gente sin códigos; violentos o con poca educación. Así que se está perdiendo el toque y el sentido que le damos a este sitio.

— ¿Le damos sentido? ¿Se puede saber de qué carajo hablás? Yo lo que siento es rabia y fracaso — Yose con una mirada de desesperación.

— Depende de cada uno. Yo sé que acá tengo un lugar, obviamente no de los más habituales. Sé que tenemos un lugar y que es importante;

somos necesarios como testigos y fieles de la balanza para cada una de las personas que nos rodean.

— ¿Necesarios? Somos una basura que viene de la basura. De historias y familias de mierda.

— No sé, no todos. Además, constituimos la prueba de que nadie está libre; transmitimos la advertencia de que un par de pasos inadecuados pueden llevar a más pasos inadecuados. La gente se pone muy nerviosa.

— ¿Así que servimos para recordarles que el mundo da vueltas?

— Sí. Y además les permitimos ver la realidad y a sí mismos actuando frente a ella; si pretenden negar lo que ven, si les importa la gente. Pueden valorar lo que les tocó y también percibir la dimensión de su amor y su odio.

— Lo del odio es seguro, lo vivo día a día.

— Somos la contracara, la prueba de que no son los perdedores. Y lo que más los asusta, Yose, son los parecidos, no las diferencias. Tras esas máscaras hay caras iguales a las que hay tras estas otras. Por otra parte, la ciudad se está haciendo cada vez más inhóspita para ellos y nosotros.

— ¿Sabés cuántos chorros, asesinos, hijos de puta y locos de mierda andan entre vos y yo? La gente se asusta por eso, no por pajas filosóficas.

— No estoy tan seguro.

— Estás diciendo boludeces, amigo... para sentirte... un poco alguien, qué sé yo.

— Es mi forma de estar vivo. ¿Cuál es la tuya?

— Drogarme y pensar que será así hasta que aparezca algo más, aunque sé que no va a suceder. No me suicido no sé por qué. De verdad, no sé.

— La piba tenía veintitrés años e iba muy rápido, muy borracha y muy drogada. Se saltó un semáforo, chocó contra un taxi, perdió el control y atropelló a dos adolescentes. Uno murió ahí mismo y el otro quedó parapléjico. El taxista se fracturó la nariz y perdió varios dientes. Imagínese: Scalabrini Ortiz esquina Córdoba a las dos de la mañana. Las redes empezaron el escrache de inmediato, y la prensa, bueno, esa mierda que tenemos por prensa... disculpe, Graciela.

— Nada que disculpar, Burgos.

— Concheta, hija de un nuevo rico algo turbio, universitaria destacada, linda y segura de sí misma. La tuvieron meses en primera plana y, un año después, cuando salió de la cárcel, empezaron a acosarla de nuevo. Los pasquines, los programas de TV tóxicos. Volvió a consumir y enredarse. Mire, se la hago corta: había que sacarla de circulación. Mi hermano había muerto meses antes y su esposa, la madre de Patty, era una inútil y lo sigue siendo, así que me tuve que ocupar: es mi única familia prácticamente. La traje a Montevideo y la puse en una clínica de recuperación donde estaba bastante aislada. Parece que al principio funcionó, pero a los seis meses me avisaron que hacía como una semana que no sabían de ella. De eso hace tres meses.

— ¿Y por qué me llamó? — Graciela con cierta tensión.

— Puse gente a investigar, a buscar. Además de la denuncia policial. Y nada. Por eso quería contratarla a usted para que me dé una mano.

— ¿Cómo llegó a mí? Y sobre todo, ¿qué supone que puedo hacer?

— Un amigo que trabaja en el consulado argentino acá me sugirió su nombre. Abogada, docente, reconocida por su trabajo social con adolescentes y adictos, respetada por gente de diversas profesiones y filiaciones. Solo tengo la información que me dio mi amigo, lo que encontré en las redes, y esta reunión para confirmar si usted puede ayudarnos. A ella y a mí.

— Entiendo, pero creo que lo que necesita es del orden de la policía... más investigación.

— Los mejores expertos, los especialistas, no encontraron ninguna pista.

— ¿Cómo sabe que no volvió a Buenos Aires?

— No puedo estar seguro, pero no hay registros de que haya pasado por la frontera, ni fue vista por sus amigos y conocidos. Eso sí lo puedo afirmar.

— ¿Ella nunca trató de comunicarse con usted, Burgos?

— No. Dejé cierta cantidad de dinero a su nombre para cuando saliera de la internación, pero yo tenía que autorizar que lo recibiera. Falsificó mi firma y lo retiró. Eso fue lo último que supe.

— ¿Tiene idea de dónde podría haber ido?

— No, ninguna. Sé que antes de huir de la clínica se sentía muy deprimida, culpable; eso me dijo el equipo que la trataba. Esas razones me llevan a pedirle que acepte. Es un tema que usted conoce y sé que es solidaria. Además, tenga claro que el dinero no es problema.

— No sé, déjeme pensarlo — dijo Graciela con un gesto que solicitaba a Burgos silencio, a lo que él se avino. Minutos después

continuó: — Podría ser; me gustaría intentar ayudar. En tal caso le diría que el dinero sí importa.

— Está bien, proponga una cifra; sé que será razonable. Le puedo adelantar lo que sea necesario y le entregaré el resto cuando encuentre a Patricia, o dentro de un año si no lo logra.

— No, nada de eso; la cifra la define usted y la hace efectiva antes de que yo empiece a buscarla. Por otra parte, lo único que le aseguro es que iré informándole aquello que me parezca más adecuado.

— Comprendo. Usted no me conoce, no tiene por qué confiar. Estoy dispuesto a responder todas sus dudas, pero no es justo que si la ubica me oculte dónde y cómo se encuentra.

— Me comprometo a actuar como crea más apropiado para ella. Lo mantendré al tanto de aquello que me parezca pertinente y le comunicaré su preocupación a Patricia si es que la encuentro, lo que parece por lo menos improbable.

— Ok — asintió Burgos con un gesto de comprensión —. Ni siquiera intentaré negociar esos puntos; como usted diga. ¿Pero por qué supone que es tan difícil ubicarla?

— Usted la describe como una persona inteligente, hábil, decidida. Creo que contactarla depende más de ella que de mí o de usted. Igualmente lo voy a intentar, y soy perseverante.

— Sí, lo tengo claro. Dígame en qué cuenta deposito el dinero.

— ¿De dónde saliste? ¿Quién sos, por qué hablás así?

— ¿Así cómo?

— Así raro y complicado. De colegio cheto y haciéndote el lindo.

— Y bueno, qué decirte. Eterno estudiante de arte, de filosofía, y enigma para la psiquiatría. O eso me gusta creer.

— ¿Qué más?

— Yo qué sé. Inteligente, distraído, medio perseguido, familia poco continente... son buena gente pero de otro planeta. Además de eso, drogas, alcohol...

— ¿Qué drogas?

— Bueno, lo de siempre... pero antes contame algo sobre vos.

— ¿Qué?

— Todo. Con tranquilidad, detalle y tiempo. Me gusta conocer al prójimo, irlo captando. Te pregunté antes y no me dijiste nada.

— No te voy a hablar de dónde nací o quién me crió en este país, pero por suerte están muertos. Después, a los 18, en la reja unos meses en Brasil por hurto, y luego yira acá, y otra vez Brasil, y varias idas y venidas. Siempre acovachada, a veces disfrazada de macho para que no me jodan. Además, acá hay un veterano que cada tanto me garcha y me garpa buena guita. La mía es pasar desapercibida y merca, paco, o algo.

— Clarísimo. Suena muy simple; un clisé.

— ¿Qué? No entiendo...

— Una historia cruda, dura, digna de lástima, y obviamente inventada. Mentiras esperables, pero igual te la llevo. Un lujo que nos podemos permitir en la calle es haber sido lo que queramos.

— Andá a cagar. Ni siquiera sé por qué te conté todo eso.

— En algún nivel sabés que es imprescindible; las personas necesitamos que alguien nos vea. Aunque mostremos una sarta de mentiras, da lo mismo. Si no nos ven, no existimos. En fin, la historia que contaste es tan probable como cualquier otra.

— No me importa que me creas.

— No creo que no te importe; más bien me parece que es lo único que te importa. Contármelo, digo.

— ¿A vos? ¿Alguien que va a desaparecer de mi vida hoy o mañana? ¿Interesándome además una mierda quién sos?

— Sí, y exactamente por esa razón. Para que yo ya no esté ahí y no puedas constatar que no existo o te olvidé. Para agarrarte de ese fantasma y sostener en alguna parte tuya que alguien te vio.

— Me jode lo que decís — Yose extrañamente más tranquila, con algún destello de interés en la mirada —.

— ¿Te vas a quedar?

— No sé por cuánto tiempo. Es cierto que acá termino sintiéndome menos amenazada, más entera o algo así. Por lo menos sé a quién le tengo bronca; dónde están.

— ¿Sentís que los conocés, que de alguna manera es tu lugar, que no te critican tanto, piba?

— En este momento siento que sos un hijo de puta.

— Usted tendrá que hacer llegar el dinero a ciertas organizaciones no gubernamentales sin que sepan que yo estoy involucrada — dijo Graciela pensativa.

— Y usted pregunta por qué Montevideo; en este lugar todavía son posibles cosas así.

— Por favor, que quede claro que no puedo asegurar resultados y que voy a informarle lo que crea adecuado.

— Usted se planta con firmeza frente a situaciones y personas difíciles; me alegra haberla convocado. Espero esa actitud si encuentra a Patricia. Y bueno, ya que voy a poner plata, que sea con confianza... como si fuera montevideano — esbozó una sonrisa Burgos.

— No idealice; la diferencia entre montevidianos y porteños no es demasiada. Por alguna razón ustedes piensan que somos un poco más honestos y equilibrados; yo no estoy tan segura. Usted trae muertes, adicciones, desapariciones... con sensibilidad de arrabal. Los porteños siempre exageran, y esto no es un juego — acotó severamente Graciela.

— Ustedes tienen la posibilidad de ir más despacio, cuestionarse, no tender siempre al fanatismo o a las marquesinas.

— Quizás sea un poco así, Burgos, aunque no exageremos.

— ¿A qué atribuye esa diferencia?

— Puede ser que incidan cierta trayectoria de laicos, una educación igualitaria que se fue deteriorando pero parece haber sentado bases, la inmigración solidaria y luego una época de vacas gordas donde no era difícil ser generoso. No tengo mucho más que decir. Seguramente se lo debemos a mucho más a las personas anónimas que lo encarnan todos los días que a alguien en particular.

— Anoche bajé de un taxi y una piba bastante rota me abrió la puerta. Yo no tenía plata y anticipé un momento agresivo que nunca sucedió. Dijo que no me preocupara, el taxista le tiró una moneda, y eso fue todo. Tengo ganas de buscarla y darle algo. En Buenos Aires me hubiera ligado al menos una puteada; de ahí en más. Por eso prohibieron a los trapitos y cuidacoches.

— Me duele el estómago. La nariz, las orejas. Estoy agotada, tengo frío y me quiero ir — Yose, sobresaltada.

— ¿Ir a dónde?

— No sé.

— ¿Tenés algún lugar en mente? ¿Alguna posibilidad? ¿Alguien te puede recibir?

— Ya no.

— Perfecto, entonces. Perfecto. ¡Encontrad nueva esperanza, vosotros que aquí entráis!

— ¿Qué decís? ¿Estás flashiando? ¿Entrar a dónde?

— A este lugar, donde soy un desequilibrado, un payaso, un loco, un genio, un monstruo, un redentor, dependiendo del día e incluso de la hora —expresivo El Goya.

— Un nabo que vive como la mierda.

— Disponés de un microinstante en un punto ignoto y arbitrario en un universo infinito, inestable y en movimiento. Ese tiempo es toodo para vos, y es el único. ¿Lo vas a desperdiciar, reina de la queja? Acá, en este momento, ya no tenés que ser respetuosa y calma, ni creer en algo, ni

hablar de los vecinos o de lo que dice el informativo. Tampoco ser un peligro, una mugre carcelaria, una adicta y todo eso.

— ¿Te parece?

— Ahora te podés dedicar a ser vos sin pena, gloria ni culpa. Ya no tiene por qué importarte el ninguneo, que es peor que el frío y el hambre. Vos ves.

— No; no hay vuelta. Acá nosotros, el refugio en la malaria. Allá ellos; el otro lado de la vida, los amigos, los antichorros.

— Me niego; yo estoy en medio, habitando dos mundos.

— Lo peor de cada mundo, perejil. Vivimos de monedas mangueadas o rateadas. ¿Calás?

— Monedas. Exactamente. A nosotros nos tocó una de las caras y a otros la opuesta. Pero si mantienes girando una moneda con rapidez y habilidad sobre una superficie plana, vidrio o mármol, no es sencillo distinguir cara o cruz; ves la mezcla, la unidad.

— Lo que usted cuenta sobre la chica, el taxi y la moneda implica una especie de solución intermedia, Burgos. Repartimos un poco la tarea de lidiar con la miseria; una forma de limosna que en parte funciona. No me gusta escucharme diciendo esto; es trágico para una sociedad. Por otra parte, la tolerancia ha ido disminuyendo, sobre todo para con las personas cuyas vidas derivan incesantemente por los ámbitos más deprivados: cárceles, calle, manicomios, refugios.

— ¿Ocurren desbordes violentos?

— No demasiados.

— ¿Por qué no?

— No estoy segura. Quizás influya la justa medida del odio contenido por ambas partes. Pero ha habido problemas con consecuencias serias, aunque cuando las aguas bajan vuelven a primar patrones con los que se puede convivir. Habrá que ver cómo evoluciona la situación — concluyó Graciela.

— En fin; como comprenderá, traer a Patricia fue una decisión pragmática. No me arrepiento, mantengo la esperanza.

Fidel era agresivo con otros perros hasta que lograba que le fuera reconocido su lugar y estatus; entonces se tornaba juguetón. No era demasiado grande — unos veinticinco kilos — pero sí fuerte y aguerrido. Tampoco era obediente, y por eso no salía a la calle salvo con Javier, y recientemente con Juan Manuel — joven corpulento para su edad — en tanto ambos tenían fuerza como para contener su permanente jalar. Elena lo tildaba de clasista porque en ocasiones se había abalanzado sobre personas que iban a la casa a realizar trabajos manuales o llevar mercadería. Nunca intentó agredir a familiares, amigos o "gente de bien", según ella comentaba. Esa mañana Juan Manuel y Martina decidieron llevarlo de paseo.

Héctor, de unos cincuenta años, figura desgarrada, piel curtida, barba rala y desordenada, ropa vieja, zapatos que apenas protegen, se mueve

desafiante por la ciudad lanzando su voz ronca y obscena a quienes lo miran con lástima o desprecio, deseoso de excusas para agredir a los que osan ignorar el olor de su sudor y la honda opacidad de su mirada velada de resentimiento y desconfianza, sombra de su vida.

Sin embargo, esta vez el ataque lo recibió él y fue por parte de Fidel, que cuando Héctor pasó (según sintió el perro) demasiado cerca de Martina se lanzó hacia su pierna izquierda. Héctor reaccionó con dos patadas que fueron suficientes para que el animal retrocediera; aun así, intentó seguir castigándolo y en un embate empujó a Martina que trastabilló y gritó. Juan Manuel se interpuso entre ella y el hombre, y lo golpeó con el puño en el pecho, sin mayor fuerza ni efecto.

Si algo tenían en común Yose y El Goya era el alerta de calle, y se percataron de inmediato del brillo de la punta en la mano derecha de Héctor. El grito destemplado y definidamente violento de Yose, acompañado por dos firmes pasos hacia Héctor, congeló el tiempo durante un segundo, lo suficiente para que el hombre titubeara y El Goya lanzara todo su peso contra él, impactando con el codo a modo de ariete en su espalda y desviando su filosa intención casi en el mismo instante en que Fidel aferraba su muñeca izquierda. Héctor tambaleó y su pie encontró el vacío del desnivel de la calzada, por lo que cayó hacia su izquierda sin poder utilizar el brazo —inmovilizado por los colmillos del perro— para amortiguar la caída, y se golpeó la cabeza contra el pavimento.

Para el conductor fue un acto instantáneo. Habiendo vivido muchas situaciones de riesgo en su tarea e imaginado otras mil, desarrolló reflejos que lo hicieron aplicar los frenos desesperada y automáticamente. La inercia hizo que la Sra. de los paquetes perdiera el equilibrio y obtuviera unos grandes hematomas en la frente al golpear contra una barra vertical. Un joven distraído cayó al piso sin consecuencias, y dos mellizos de unos

seis años gritaron por el susto. Los demás escasos pasajeros solo se sobresaltaron. El conductor descendió consternado y se encontró con la cabeza de Héctor a centímetros del neumático delantero. Inmóvil por el miedo, jadeaba y parecía algo confuso. El Goya, tras constatar que la afilada hoja era ya inalcanzable para Héctor, junto con el conductor lo ayudaron a incorporarse mientras Juan Manuel apartaba y contenía al perro. Yose llorando, helada.

Segundos después, al percibir el tumulto, Elena y Javier salieron y lograron que sus hijos y Fidel entraran a su casa. Frente al relato Javier se puso lívido, y contuvo su impulso de salir e increpar a Héctor.

Elena abrazada a Juan Manuel, llorando intensa y espasmódicamente, temblorosa. Durante largo tiempo, durante mucho tiempo, casi sin consuelo.

La policía, alertada por una cámara del sistema de vigilancia llegó rápidamente. Interrogó al conductor, a la familia de Elena, a dos vecinas, y detuvo a los tres indigentes acusándolos de riña y uso de armas en la vía pública.

Estimado Burgos:

Desde nuestra conversación, hace ya catorce años, nunca dejé de tener en mente a Patricia y a usted. Lamento mucho no haber tenido nada que informarle durante todo ese tiempo. Agoté todas las posibilidades de

búsqueda a las que podía acceder y luego me mantuve atenta, como sabrá por las comunicaciones que anualmente le hice llegar.

Hace unos días una preocupada y sensible mujer se entrevistó conmigo y me solicitó que intercediera en un caso de tres personas que estaban en situación de calle y - como suele suceder - habían sido detenidas. Lo hice; estuve trabajando en el tema.

Durante el transcurso de estos avatares creí identificar a Patricia. Logré poner algunas ideas en orden y me tomé un tiempo para confirmarlo indagando antecedentes y trayectorias vitales.

Posteriormente, tras una negativa inicial de Patricia que cedió cuando se convenció de que yo nada diría sin su autorización, logramos hablar de su historia vital. Le relaté que usted había querido ubicarla y respondió que estaba al tanto, pero que en ese momento se sintió tan avergonzada y culpable que no pudo continuar aceptando su ayuda. Dijo que además decidió borrar definitivamente su pasado, cambiar su vida. También que reconoce que usted la apoyó mucho en tal sentido, que lo recuerda con afecto, y que quizás más adelante se comunicará con usted.

Burgos, lo único que estoy autorizada a decirle es que puede estar tranquilo. Es así, se lo aseguro.

Le mando un saludo muy cordial. Quiero que sepa, además, que su contribución ayudó a mucha gente.

Graciela

METRÓPOLIS

Heber Olase

El despertador atravesó el mundo de los sueños como una lanza, el límite se hizo presente, la ley se materializó en ese aparato de plástico, vidrio y agujas que se entromete en el placer del descanso. Pensé: “¿por qué hacemos esto?” y quise estar muerto, abandonarlo todo, mis proyectos, mis sueños, mis ganas. Deseo esquivar la realidad encendida en los pensamientos; pero la máquina empezaba a trabajar, a mantenerme vivo. El precio eran las 8 horas de oficina, la jerarquía de la infinita cadena de jefaturas. Ese microcosmos de la oficina y los pasillos del Ministerio. El aburrimiento del parloteo sobre jugadores y cuadros de fútbol, el tedio de las conversaciones sobre nietos, asados, hoteles de fin de semana, autos, citas, romances, marcas de whisky y cigarros, viajes, enfermedades, desgracias ajenas; la distracción de una existencia que es tan solo una inútil supervivencia. El cansancio de la infinita repetición rutinaria que solo termina con la muerte o la jubilación.

Lunes, como todos los lunes. Como los lunes antes que existieran los lunes. Anterior al calendario, las semanas y los días. Antes de las palabras mismas, el lunes, ya era lunes. Ya estaba allí, flotando en el aire, antes que el aire fuera aire, mezclado con las partículas, en la carne devorada por las bestias primitivas, en el mismo polvo de los meteoritos que azotaron la tierra prehistórica. La posibilidad es tan dañina como la cosa misma. El olor de lo que aún no existe ya afecta los cuerpos y las mentes de quienes aún no existen.

A las ocho y media de la mañana los ruidos de la ciudad ya

penetraban la ventana que había quedado abierta desde la noche anterior. En la manzana de enfrente, tres grúas señalaban el lugar del cual venían los ruidos y golpes. Unas grandes constructoras levantan dos edificios, al otro lado de la calle, donde antes había una de esas casas espaciales de principios de 1900, casas amplias para familias amplias; ahora ofrecían dos torres repletas de apartamentos de un dormitorio. Aún no estaban finalizadas pero las transacciones bancarias ya las habían materializado en sus cuentas y registros. Pensé en cuánta gente más amontonarán en esta zona de la ciudad, ¿por qué se hacía así; quienes lo deciden? Los sonidos que salían como centellas de la obra destrozaban el silencio de la mañana, no estaban solos, actuaban en complicidad con los ómnibus que comenzaban a adueñarse de la ciudad. Yo tenía quince minutos para vestirme, meter alguna que otra cosa en la mochila y salir.

Arrastré mi cuerpo por aquel pequeño apartamento, rebotando desde el dormitorio al baño y luego a la cocina. Me deslicé por aquel cálido piso de madera, logré vencer la inhibición y salí a la calle. La ciudad comenzaba a despertarse rápidamente. En este tiempo cada vez duran menos los momentos intermedios. Las hojas secas empiezan a caer durante el calor del verano y el frío invernal sorprende de un día para otro al barrendero madrugador. Miré el reloj en la pantalla del celular, 8:45, vi que aún restaba tiempo para llegar a la oficina. Tenía dos opciones: esperar el 103, con destino a Los Aromos y bajarme a la salida del túnel de 8 de Octubre, o ir caminando. Más o menos me llevaba media hora la caminata hasta el Ministerio. Prefería llegar unos minutos tarde antes de cruzarme con el bullicio y la montonera de funcionarios excesivamente puntuales.

Lo bueno de recorrer la ciudad caminando es que podemos sentir de cerca los latidos, las respiraciones, los aromas de todas aquellas almas y cuerpos que, como el mío, se desplazan anónimamente por estas calles. Se

puede llegar a sentir tan profundamente, que se perciben sus cuerpos por dentro, se navegan sus tripas y pensamientos, se habitan sus psiquis y deseos. Parece que sus carnes van impulsadas por una fuerza invisible que los lleva sin que ellos sepan bien a donde y porque, como a mí. Bajo sus suelas cruje silenciosamente el engranaje de la máquina que nos estimula y arrastra. La mano invisible mueve los hilos de estas marionetas de carne y recuerdos que el tiempo esculpe; caminan, van, vienen, se mueren.

Dicen que en Montevideo -como en cualquier ciudad- las horas tienen sus características propias. Alguien podría pensar que un buen observador sabría darse cuenta de la singularidad de cada instante. Pero en esta ciudad la cosa es al revés, los momentos se abarrotan y pegotean unos a otros, los cuerpos toman noticia de la dramática superposición serial de los minutos, los organismos se deprimen en un laberinto repetitivo de las mismas imágenes que llevan a las mismas figuras. Siquiera el ojo divino de Dios podría discernir la peculiaridad de cada momento. Una gran serpiente que se muerde la cola. El principio y el final no poseen ni inicio ni desenlace. El tiempo moldea las existencias, mientras las mismas chorrean por las cunetas rumbo a las alcantarillas, mezcladas con la grasa y los desperdicios que la urbe desecha, para luego tragar y volver a repudiar.

Subí por la calle Paraguay. Las barrenderas juntaban hojas secas y la basura, y tal vez también barrían sus sueños, impedidos por un salario mínimo y un trabajo precarizado; el modelo social del viejo Batlle mostró su insuficiencia tempranamente; quienes vinieron construyeron sus palacios sobre las jugosas y productivas ruinas. Menos mal era mayo y no octubre, pues en la primavera los plátanos desprenden una pelusa filosa que asesina las córneas, no deja ver, ni decir. Reflexioné un minuto, los plátanos no eran los malvados, incompetentes eran quienes habían dado la

orden de plantar esos árboles allí. Fijé la vista en aquellos vegetales, majestuosas criaturas robustas hijas de la existencia misma del cosmos, de la perfección infinitamente desconocida e inaccesible a nuestros torpes sentidos. También nosotros somos producto de la gran arquitecta, la soñadora de existencias y artista del devenir, artífice de nuestra suerte, de nuestras grandezas y pequeñeces, de eso que llamamos cuerpo y mente, ideas y palabras.

Doblé por 18 de Julio, por la vereda derecha, rumbo a 8 de Octubre, a esa hora del día la gran mayoría de comercios están con las persianas bajas. En algunos, solo la pequeña puerta por la que ingresa el personal se encuentra abierta. La plaza Cagancha ya tenía cierto movimiento, el gentío se empezaba a amontonar en las paradas. Puse atención en los ómnibus que pasaban; los que salen del centro hacia las afueras están casi desiertos, en cambio los que llegan desde los barrios periféricos vienen abarrotados. La centralidad financiero-comercial de 18 de Julio y Ciudad Vieja capta, seduce, obliga y ordena a los cuerpos que duermen en los contornos de la capital. Todo lo que duerme huye. Pero a veces no se puede escapar ni en el mundo onírico; Morfeo castiga con su látigo.

Una hermosa luz dorada bañaba la plaza. En ésta, las personas recién expulsadas de los refugios empezaban a acomodarse. Dejaban caer sus desahuciados cuerpos sobre los duros y fríos bancos verdes. Apilaban a los costados montañas de mugrientas bolsas y valijas rotas, atadas con piolas, con pedazos de elásticos viejos; un largo día de rutinario mendigar asomaba en el horizonte con una preciosa luz dorada. Observé a una señora de más de sesenta años ¿cómo habrá sido su infancia? ¿Qué espirales de la vida la han llevado hasta allí? ¿Cuáles serían sus sueños y deseos? La misma ciudad que la sostenía a ella me sostenía a mí, respiramos el mismo

aire, quizás juramos la misma constitución, seguramente nuestras actas de nacimiento compartían esos mismos tipos de papel que la legalidad inventa, idénticos compuestos químicos extraídos de la misma especie de árbol, tal vez un plátano, seguramente un eucalipto genéticamente modificado para resistir la sequía y generar mayor rentabilidad; ¿en qué laboratorio, de qué lugar del mundo, se habrá diseñado aquella composición genética de aquel vegetal devenido en papel? Esa señora y yo llegamos al mundo desnudos, bañados de líquido amniótico y sangre, pero otras manos nos sostuvieron, diferentes lenguas nos nombraron, distintos rumbos, transportes y rutas nos llevaron desde la sala de parto a la cuna, si es que hubo cuna. Adolescentes, adultos y niños transitaban la fría mañana otoñal, cada uno a su destino. Porfiadamente definido. Difícilmente esquiable. Tristemente caótico y predecible. Unos pertenecen a la cadena de grados, escalafones y categorías, los otros también. Todos medibles y clasificables. Necesariamente innecesarios.

Cuenta la leyenda que alguien una vez abrió la boca y absorbió la ciudad, la masticó y tragó. Lo digerido y expulsado fue el alimento de quienes venían detrás. Sus crías. Las más intrépidas y curiosas vieron que había unos restos, pequeños trozos, aún sin devorar, migajas frescas. Las tragaron junto con los restos y fluidos de comida digerida que les proveían sus progenitores. Los que nacieron luego también se alimentaron de las secreciones facilitadas por sus procreadores; pero para encontrar pequeñas migas sin digerir debieron ser aún más observadores, valientes y osados. La cuarta generación contó con menos suerte. Solo unos pocos resultaron lo suficientemente atrevidos para husmear la posible existencia de fragmentos no deglutidos. No encontraron nada, murieron en el intento. Nada quedaba ya de la ciudad cruda. Las crías que nacieron más tarde sólo se alimentaron de lo regurgitado. Poco a poco, generación tras generación

este sustento fue perdiendo su fuerza, debilitándose, y marchitándose. Los pedazos de una ciudad sobredigerida se fueron cansando y aplanando. Los retoños que nacían deambulaban desnutridos, alimentándose de una sustancia blanca y lavada que nada ya aportaba. Cada vez tenían menos fuerza y empuje. Arrastraban sus cuerpos raquíticos por una ciudad desierta y vacía. Las criaturas que aún poseían el mínimo de voluntad y fortaleza comenzaron a comer a las inmóviles, a devorar la materia decrepita. Esta solución los ha mantenido vivos pero agónicos, unas veces esperan a que sus hermanos se mueran para comérselos, otras los devoran mientras se desvanece el último latido. Cada vez quedan menos, cada vez se engullen con más hambre y necesidad, ya no esperan al último aliento, se los comen aun mientras palpitan. Últimamente han empezado a devorar sus propias pieles, lo poco que les queda de pellejo y vida. Se arrastran en la sombra, escondidos de la luz que se proyecta en sus esqueletos y les devuelve la imagen de su miseria. Estos son nuestros antecesores. Las criaturas de las cuales heredamos esta ciudad. Sobre sus ruinas construimos nuestras ruinas. Una mitología incierta y falsa, una máscara con la que se cubre lo verdadero de nuestro pasado. Que tal pasado no existe, nunca empezamos, nunca terminamos. Pasado, presente y futuro de esta ciudad son ficciones. El antifaz que esconde el texto de nuestra identidad. Somos nuestros propios hijos y nuestros propios padres. Nada. Un vacío que se autopercibe completo.

Las calles son heridas abiertas en el cuerpo de nuestra casa. Habitamos un mismo techo desmembrado. Lesiones por las que circula la sangre y el semen. Estamos obligados a automutilarnos días tras día. Y esta mañana no era la excepción. Si uno observa atentamente - cualquier mañana, cualquier tarde o noche - parado en alguna de las tantas esquinas de 18 de Julio, puede ver los retazos de las personas, los trozos amputados de los cuerpos mutilados. Las máscaras rígidas con las que cubren sus rostros

magullados; máscaras diseñadas para sobrevivir bajo aquella hermosa luz dorada.

Miré el reloj, ¡las nueve! Ya no llegaba, estaba caminando demasiado lento, perdido en un laberinto de pensamientos. Levanté la cabeza, vi el Palacio Díaz, el bowling; la gente se desplazaba tranquila debajo de aquel gigante Art déco, Montevideo podría ser cualquier ciudad del globo, no cualquiera, pero si alguna de la misma época, hija de la modernidad occidental; la capital de un país arrojado a los vaivenes de la democracia representativa-liberal, del capitalismo. Ciudad de una república sudamericana mirando al norte global con demasiado respeto, temor y envidia. Más allá se divisaba el edificio de la Intendencia, con sus ladrillos rojos, custodiada por los emblemáticos quioscos verdes guardianes de cigarros, quinielas y golosinas. Miré hacia atrás, detenido por el semáforo en rojo había un 21, si llegaba a la parada a tiempo para tomarlo podría estar en pocos minutos en el Ministerio. El plan era bajar frente al Hospital Británico, ni bien el ómnibus cruzara Bulevar Artigas, allí caminaría rumbo a 8 de Octubre atravesaría la Plaza Italia y la Plaza de la Bandera. Estuve a tiempo en la parada para estirar la mano y parar el ómnibus. A mi alrededor varias personas, enfundadas en sus camperas, permanecen inmóviles, a una separación prudente unos de otros, como si estuvieran reproduciendo aquel hábito de tomar distancia con el brazo; aquella costumbre aprendida durante los años de infancia y escuela. El ómnibus frenó con un chirrido fuerte, la mitad de los que estábamos allí hicimos una improvisada fila y subimos. Era un vehículo viejo, no como los nuevos eléctricos que circulan casi silenciosos, éste parecía que ya estaba por extinguirse, seguramente era parte de una partida anterior, un sobreviviente del milenio pasado. El chofer cobraba los boletos con una mano y con la otra manejaba; parecía un malabarista de circo, un experto

manipulador de cuchillos y antorchas de fuego. Los recién subidos fuimos acomodándonos en los asientos libres, otros preferían viajar de pie; aun no comprendo porque en los ómnibus se habilita ir de pie, y en cambio en los autos se obligaba a utilizar los cinturones de seguridad; ¿acaso hay vidas que valen más que otras? o ¿será una simple y vaga solución normativa? La máquina que había devorado los pasajeros se desplazaba mansa por 18 de Julio, fue deteniéndose en las diferentes paradas, subían niños, ancianos, mujeres, siempre más que hombres, vendedores de caramelos, algún artista callejero; las conversaciones rebotaban contra los vidrios y los asientos, era una lata llena de vida, de esperanzas, miedos, enojos, deseos y tristezas, un pedazo de Montevideo que se movía por aquella vena de asfalto. Por fin se detuvo en mi destino, bajé por delante, casi chocando con quienes esperaban para subir, saludé al chofer que me gruñó un “buen día”, apenas un murmullo, y salté esquivando unos escolares llenos de energía que trepaban rápidamente al vehículo.

La zona de Tres Cruces tiene un aire especial, nuclea el universo de los centros de salud

-esperanza, muerte, angustia y vida- y al mundo de los viajantes que llegan a la ciudad desde el interior del país o desde el extranjero -esperanza, muerte, angustia y vida-. Es la desembocadura de varios arroyos en un gran río. Me fue difícil atravesar avenida Italia, los autos eran como flechas que lastimaban el aire con su violenta impaciencia; rojos, blancos, grises, azules, grandes, pequeños, ¡cada vez más pequeños, cada vez más grandes!, ¡cada vez más, y más autos! insignias de diversas marcas, empresas, activos, mercancía que atraviesa el espacio vivo de la ciudad, peligrosas balas disparadas a la carne de los cuerpos que caminan la urbe. Crucé las plazas como había pensado, sin respetar semáforos, seguía mi propia idea del tiempo, de la convivencia y la ley, una gota de

rebeldía en un mar de cadenas y vacío. De repente se oyó el silbido de una sirena de bomberos, quienes caminábamos por allí nos retorcimos aturcidos mientras los conductores que subían por 8 de Octubre experimentaban la obligación de dejar el paso a aquella máquina devastadora del tránsito. Al mismo tiempo, como dardos, dos ambulancias pasaron en la misma dirección que el camión de bomberos. Sentí un olor tóxico en el aire; parado frente a la boca del túnel, levanté la mirada, vi con dirección al este una columna de humo, algo ardía. La calle había entrado en un caos de cenizas, fuego y humo. Marché en la misma dirección que la humareda y las sirenas. Percibí que la hoguera venía desde cerca del Ministerio. Cuando estuve a pocas cuadras divisé la escena infernal: el fuego se tragaba las paredes blancas de aquella casona vieja. Todo ardía, el pasto, la pintura, las rejas, el humo y hasta el mismo aire. La bandera uruguaya, que ayer flameaba tranquilamente fuera del Ministerio, hoy ondulaba entre el humo y las cenizas mientras la combustión desatada derretía sus hilos, el celeste que anteriormente representaba el cielo, chorreaba gotas gordas de tejido sintético fundido; lo que antes era un sol dejaba paso a una mancha negra que poco a poco se agujereaba en encendidos círculos de plástico y petróleo calientemente licuado, el astro agonizaba deshaciéndose en restos que iban a parar al piso como un charco pegajoso, que luego bomberos, enfermeros y milicos pisaban en un aparente apuro de apagar las llamas.

Me acerqué a la multitud que observaba el espectáculo de llamas. Pregunté a unos curiosos por lo que sucedía, rumoreaban que el incendio había sido producido de manera intencional, decían que desde el Ministerio habían demorado más de lo normal en llamar a los bomberos. A unos metros reconocí a unos soldados que hacían las guardias todos los días desde las primeras horas de la mañana, me aproximé a ellos, los conocía de la rutina cotidiana en el Ministerio. Eran personas sencillas,

jóvenes de 20 y pocos años, habían llegado desde el departamento de Rivera hacía pocos meses, hijos, sobrinos y nietos de militares rasos, carne de cañón de cuarteles y la supuesta seguridad patria. Sabía que estaban por viajar a un país de África, no recordaba bien cual, la cuestión era que se ganaban unos pesos extras, lo podían hacer cada un par de años; según ellos, aprovechaban a viajar ahora que no tenían hijos. Pero por los cuentos que hacían de sus padres y abuelos, parecía que eso de las misiones no cesaba con el nacimiento de los hijos, más bien los bajos salarios del cuartel los empujaban a emprender esos viajes, ya sea en cuanto se lo permitieran los reglamentos del ejército, o por favor de algún superior. Saludé a los cuarteros, pregunté qué pasaba, el más confiado soltó que un general retirado había entrado bien temprano al edificio, se había escurrido en unos depósitos viejos de archivos que existían en el subsuelo, prendió fuego el lugar y se había pegado un tiro. Pregunté el nombre del general y si era cierto aquello de que se había demorado en llamar a los bomberos, pero cuando el militar iba a abrir la boca apareció un sargento bien entrajado, con lo que parecían ser unos galones importantes en sus hombros. Dirigió una orden a los soldados y los tres marcharon hacia una camioneta que arrancó furiosa. Vi aparecer desde 8 de Octubre las furgonetas de los canales de televisión, los informativos empezaban a transmitir en vivo las lenguas de esa hoguera de papeles, maderas y plásticos.

Pensé en el militar suicida. ¿Por qué habría hecho aquello? Mientras reflexionaba vi que un movilero de la televisión, mirando a la cámara, con su traje impecable y el micrófono en la mano, decía que el incendio se había iniciado a causa de cortocircuito producido en la sala de tableros del subsuelo, una sala que justo estaba cerca de unos depósitos de papeles viejos. El periodista afirmaba que se trataba de documentos poco

importantes, que justo estaban por ser descartados, habían sido digitalizados hacía poco tiempo. Más allá, otro movilero entrevistaba a un militar que parecía ser de alto rango, inmóvil, respondía las preguntas que soltaba el periodista; en tanto detrás de ambos la columna de humo trepaba al firmamento, fundiéndose con el inalcanzable cielo celeste que cuida esta ciudad.

Entre las llamas unas siluetas extrañas devoraban la mañana fresca y soleada que se imponía sobre Montevideo. Pedazos de Ministerio, carpetas, hojas, archivos, papeles, cartones y tinta, hechos cenizas, iban a parar a los estómagos de las criaturas hambrientas y agonizantes, que todo lo devoran y desaparecen. ¿Quién se come a quién? ¿Quién arde y quién mira? Como cualquier otro día, los restos de la ciudad comenzaban a ser digeridos por la maquinaria maldita.

Una vez me dijeron que la riqueza de las naciones se materializa en la construcción de ciudades. Los grandes edificios, estructuras y parques condensan el poderío de esa economía latente. Las edificaciones irradian y refractan la vida. Es apenas el reflejo de ésta, a lo que podemos acceder. Una artificialidad que representa el triunfo de nuestra civilización sobre la naturaleza. Esta mañana la fuerza de la historia había posado sus dientes sobre aquella casona vieja que oficiaba de Ministerio. El inmueble empezaba a transformarse en una montaña de restos. Restos que habían sido contruidos sobre restos de restos. Desperdicios y sobras elevadas sobres los cadáveres de una historia sangrienta y violenta.

La abominable verdad se ocultaba a sus habitantes. Pero en este caso lo repudiable que se encubre a los ojos y oídos de los pobladores es percibido por los restantes sentidos. El olor nauseabundo de aquella porción de ciudad quemándose flotaba en el aire junto con las cenizas y

chispas. Se siente con la piel el calor destructivo que apetitosamente deseaba tragar aún más ciudad, aún más carne, sesos, sangre, bloques, hierros y árboles. Esta mañana las criaturas engullían el destino de la urbe maldita, raquíticamente nutrían sus cuerpos moribundos. Cuando seamos nosotros los que se arrastran por las sombras, cuando ya no quede más ciudad y cuerpos para tragar, ¿los restos de qué civilización devoraremos desde las penumbras?, ¿por qué tinieblas nos arrastraremos buscando algo más que nos mantenga vivos?, ¿quiénes construirán sus restos sobre nuestras ruinas?

LOS DISTRAÍDOS

Hernán Darío Velázquez Russo

Azambuya pisó el primer escalón del ómnibus y notó que había lugar en los primeros asientos, esos que están destinados a mayores de sesenta años, mujeres embarazadas y padres primerizos con un bebé en brazos. Él no tenía por qué sentarse en uno de ellos, tenía cincuenta y nueve años, no estaba embarazado y no cargaba con un crío. Era un tipo corpulento, fornido, pero no gordo. De todas formas se sentó, suspiró y cerró los ojos. Estaba mareado, extraviado, difuso; estaba borracho. Antes de salir de la pensión se había tomado media botella de ginebra y hacía dos días que no comía absolutamente nada. El destino de su viaje era siempre el mismo: el bar “Don Pucho”, en el corazón del barrio Palermo. Ahí se quedaba horas, noches, madrugadas, días, navidades, fines y principios de año. Abrió apenas los ojos y notó que la mujer que iba sentada a su lado arrugaba la nariz, mostrando en ese gesto desagrado, asco, desprecio o todo junto. Tal gesto le importó poco. Azambuya sabía que no olía bien, más bien hedía. Emanaba un tufo nauseabundo bien característico, mezcla de aliento alcohólico, transpiración agria de días y olor a humedad. Se bañaba poco y usaba siempre la misma ropa, la poca que tenía: un jean viejo con manchas de orina en la bragueta, unos mocasines sin forma y una camisa gastada de la UTE, lugar donde nunca había trabajado. Decía que le daba cierto aire de importancia, ya que podía pasar por empleado o jubilado de ese ente estatal. Alguna vez, casi como un juego, se metió a una reunión del sindicato. Estuvo presente en un par de asambleas que se realizaron en el Club de pesca UTE-ANTEL de calle Santa Fe, pintó muros e incluso se dio el lujo de increpar al directorio por televisión, lo cual le valió la invitación a un asado que organizaba un delegado del PIT-CNT. Cuando le preguntaron en

qué sector trabajaba, les respondió: “Estoy viejo, me guardaron en un taller hace años”; sabía dibujar bien las mentiras. El viaje en bus fue soporífero. Miró el paisaje citadino, el andar torpe de la gente que va de un lado al otro. Los que iban a trabajar, los que andaban en la calle, los que buscaban laburo, los que ese día iban a ser despedidos, todos se cruzaban. Azambuya creía que Montevideo era un corazón gigante latiendo. Un corazón con arterias más o menos tapadas, con un stent mal puesto, pero latiendo al fin. Sentía que en cada esquina había una historia, un rumor, un chiflido, un beso robado. Sabía que en cada barrio se sucedían historias anónimas increíbles que trascendían la razón. Montevideo en él despertaba todo: cariño, rabia, amor, odio, placeres culposos, melancolía, ira. Al pasar por la zona del Cementerio del Norte miró desde el ómnibus el rancherío intentando ver a Dahiana, pero no, fue imposible. Pestañeó un rato hasta que se durmió profundamente. Cuando faltaba poco para bajarse se sobresaltó al escuchar a milímetros de su oído: ¡Mágicooooos!, ¡Guantes mágicooooos para todas las edades! ¡Cieeeeeen pesitos cada par! ¡Dos por la módica suma de cincuenta pesoos! ¡Térmicaaaaaas!, ¡Medias térmicas para la dama y el caballero! Azambuya abrió los ojos repentinamente, giró la cabeza para ambos lados con velocidad, como si le hubieran robado algo, se paró y haciendo unos ademanes inentendibles, sin trancarse ni tartamudear dijo:

- ¡Pendejo, la concha de tu madre! ¡Qué mierda venís a gritar a esta hora arriba del ómnibus! ¿No te das cuenta que nadie quiere comprar esa cagada que vendés? ¡Metete los guantes mágicos en el orto a ver si te abrigan el culo!

Sacó del bolsillo de la camisa un billete falso de cincuenta pesos y se lo revoleó por la cabeza al vendedor que enseguida le tiró una trompada. Azambuya, con los reflejos de Alfredo Evangelista, la esquivó y le tiró el

cuerpo encima al tipo. Ya encima de supresa comenzó a rasguñarle la cara hasta hacerlo sangrar. El vendedor gritaba. Los pasajeros asustados comenzaron a pararse y huyeron hacia el fondo del bus. Desesperado, el chofer agarró del cuello a Azambuya y lo arrastró hasta la puerta, lo empujó y empezó a gritarle: “¡Bajate, mugriento!, ¿no ves que el pibe está laburando?” El ómnibus arrancó. Azambuya se paró como pudo y al cruzar la calle rumbo al baroyó que los pasajeros del bus le gritaron de todo: ¡Maleducado!, ¡Trolol!, ¡Ordinario! Como no podía ser de otra manera se dio vuelta, se agarró las bolas con una mano y con la otra hizo un “fuck you” en dirección a cualquier lado. Abrió la puerta del boliche con vehemencia, lo miró serio a Pucho y le dijo: “¡Servime, ya!” Apoyó las manos contra el mostrador y quedó con la vista clavada en una cucaracha que salía de sus mocasines destartalados. Pisó al insecto hasta desmembrarlo. Cuando levantó la cabeza tenía un vaso con whisky frente a sus ojos adormecidos y un platito con queso, mortadela y rodajitas de pan. Azambuya miró desconfiado y desafiante al dueño del bar, agarró el vaso, tomó un par de tragos largos y se quedó con un hielo en la boca. Observó como un joven leía junto al ventanal. En otra mesa un tipo con pinta de feriante comía guiso; él tenía la teoría de que todos los hombres que tenían pelo corto adelante y una melenita desde la mitad de la cabeza para abajo, eran feriantes. En una sillita estaba la nieta de Pucho esperando para ir a la escuela. Azambuya se sorprendió, miró el reloj en la pared y le dijo a Don Pucho:

- Bo, Pucho... ¿ese coso está en hora?
- Sí, ¿por? –respondió indiferente Pucho-
- Hermano, son nueve menos veinte, ¿por qué tu nieta no va en hora a la escuela?
- No sé, preguntale a la madre. Mirá, ahí la tenés, hablá con ella ¿Qué

me venís a apurar a mí, boludo?

La hija de Don Pucho salió de la cocinita del bar bostezando, con cara de dormida. Azambuya le recriminó a la mujer por su impuntualidad y su irresponsabilidad, pero ella no lo miró ni le contestó nada. Cuando madre e hija pasaron a su lado el gordo metió la mano al bolsillo para darle el billete falso de cincuenta pesos a la niña. Claro, no lo tenía, se los había tirado por la cabeza al vendedor del ómnibus. Se lamentó y pensó que por culpa de ese infeliz quizá la niña se quedaría sin comer en el recreo. Apretó sus pocos dientes y le pegó un golpe seco al mostrador.

Azambuya, a pesar de su problemática diaria, reflexionaba, o más bien filosofaba sin escrúpulos, acerca de cosas que pasaban en torno a él y que, si pudiera cambiarlas, lo haría. Pero no para beneficio propio, sino buscando bienestar en el otro. En su débil razonamiento entendía que quizá la niña fuera víctima de burlas y retos debido a su impuntualidad. Entonces, alguna mañana, cuando llegaba temprano al bar, acompañaba a la botija hasta la Escuela N°16, en el cruce de San Salvador y Gaboto. Sin embargo, el malhumor le brotaba ante hechos ínfimos. Lo descolocaba la gente que no comía los bordes de la pizza. En el boliche veía que muchos hacían lo mismo. No entendía si era una nueva moda montevideana o qué pasaba al respecto. Le pidió Pucho que le guardara los sobrantes de pizza, los comió y no les encontró nada distinto, nada raro. Entonces, llegó a la conclusión de que la gente que hacía eso nunca había pasado hambre; “Son idiotas”, pensó. Su “montevideanidad” lidiaba con esos conflictos. En su andar desalineado y su filosofía callejera hacía años intentaba responderse solo una pregunta. Quién habría sido el hijo de puta que había dado la orden de censurar, cerrar y acribillar a “Radio Arrabal”; una emisora que pasaba tango y folklore las veinticuatro horas, los siete días de la semana. Además, transmitía boxeo los viernes de noche y carreras de caballo los domingos,

haciendo una cobertura especial “el día de Reyes”. Azambuya, cuando pensaba en ese fatídico final, se imaginaba una escena de película en la cual vengaba a la radio, a sus empleados y a todos los escuchas. La escena era algo así: El bar estaba a tope. Mientras él volvía tambaleando después de vomitar un coágulo de sangre en el baño, escuchaba que un gentleman de unos ochenta años, con su bastón colgando de la silla, le decía a una mujer que perfectamente podía ser la vedette de una comparsa de negros y lubulos: “Yo negra, yo cerré Radio Arrabal. Me tenía podrido, le saqué la alegría a estos mercachifles por gusto, ¿entendés? Brindemos por nosotros” Ambos levantan sus copas y ese chin-chin resonó en los oídos de Azambuya como resonaron las palabras del vendedor de guantes. En ese momento, un ángel negro entra al bar silbando la melodía de la canción Montevideo del trío OPA y le hace una seña a Azambuya como diciendo: “Hacé lo que tenés pensado, no lo dudes”. Azambuya, con la astucia de un viejo escrucante, le roba el bastón al viejo, lo parte al medio con la rodilla y lo esconde debajo del mostrador. Luego, a pesar de su estado etílico sofocante, interrumpe el brindis y dice: “Disculpe señorita, ¿oye esa hermosa música?” La mujer lo mira y le responde: “Claro que sí, ¿quiere bailar, señor Azambuya?” El gordo estira su mano con restos de sangre y sale bailando con la morena por el medio del boliche. Todos empiezan a marcar la clave de candombe con las manos. La nietita de Pucho los mira con fascinación. El anciano pregunta qué carajos está pasando y el gordo le responde: “Vos cerrá la boca, gil”. Cuando el hombre va a agarrar su testigo de madera se da cuenta que no está y le grita al ángel negro: “Vos, ¡negrito! ¿Qué mirás tanto? ¡Vení a ayudarme, carajo!” El ángel negro levanta su vaso, hace una reverencia y le responde: “Andá a cagar, cortamambo. ¿No ves que estoy silbando la canción que están bailando?” El viejo estrepitosamente intenta acercarse a la pareja, pero Pucho enseguida lo intercepta y le exige el pago de la cuenta. Le advierte que en

caso de no poder pagar debe lavar el baño del bar y la vajilla, a fondo. Al anciano se le dificulta mantenerse en pie, entonces se agarra del mostrador e intenta explicarle a Pucho que él no se iba. Pucho no le cree. Cuando el hombre se dispone a sacar la billetera del gamulán se da cuenta que no la tiene. Se palpa los bolsillos del pantalón, no está, mira a la mesa, tampoco. El ángel negro desde la otra punta del mostrador se la muestra y lentamente empieza a prenderla fuego junto con lo que hay dentro: dólares, documentos, pesos, la foto del anciano junto a un político, todo. El montoncito de ~~cris~~ cenizas queda sobre el estaño y el ángel negro lo sopla. En un parpadeo este desaparece junto a las cenizas y ambos flotan en el éter del bar. La música ahora la interpretan a coro los parroquianos, improvisando vocalmente, como Rada. El bar es un jolgorio. La hija de Pucho se acerca al anciano con un balde, un trapo y un lampazo, los deja a su costado y le señala el baño. El hombre aturdido se deja caer y queda ahí, tirado, mientras Azambuya y la morena se funden en el éxtasis del candombe.

Cuando toda esa película llega a su fin, Azambuya vuelve con su inconciencia a la realidad del bar sin radio y con un niño tirándole de la camisa. Él lo mira y el niño le señala el platito con queso y pan. Azambuya le baja el plato y el gurí comienza a embuchar todo, casi que no mastica, está muerto de hambre. El gordo le pregunta sino va a la escuela, pero el niño lo mira serio y no le contesta nada. Ahora le hace señas de que quiere algo para tomar. Azambuya mira para todos lados, busca a Pucho, pero no está. La que anda a la vuelta es la señora, pero él y la señora de Pucho no se hablan hace siglos. Mira su vaso solitario encima del mostrador. En él queda un líquido ambarino turbio, producto del hielo, la saliva y el whisky. Le alcanza el vaso al niño y este lo toma de sopetón, se pasa la lengua por los labios y vuelve a tragar. El chico le devuelve el vaso vacío. En ningún momento Azambuya se da cuenta que el botija es mudo.

Sin entender bien la situación deja el vaso arriba del mostrador y mira al gurí irse. Se toca el bolsillo trasero y se da cuenta que no tiene los cigarrillos. Cree que alguien se los robó. En voz alta dice: “¡Dios, qué picardía!” Dos mujeres jóvenes que estaban besándose en una mesa cercana se dan vuelta y lo fulminan con la mirada. Ya fuera del bar, empieza a hurgar en esa “tierra prometida” que para algunos se encuentra en esos sesenta centímetros que van del cordón de la vereda a la calle. Busca algún cigarrillo a medio apagar por el apuro del ómnibus o alguna moneda. Después de mirar con disimulo nota que debajo del taco del zapato de una mujer hay uno que quizá tiene una sola pitada. No lo piensa dos veces, da dos pasos y hace como que se tropieza para intentar caer cerca del taco y del pedazo de cigarrillo. Los casi cien kilos caen con maestría entre las baldosas rotas y la raíz de un plátano. La mujer que pisaba el pequeño tesoro se hizo a un costado y él logra manotear la colilla. Un joven vestido de túnica le pregunta si está bien. Él responde que sí. “Me tropecé con la mierda esa”, atinó a decir mientras señalaba las baldosas rotas. Entre el joven y otro hombre que está en la parada lo ayudan a pararse. El hedor de Azambuya es inaguantable, al punto de hacerlos toser a ambos. Agradece y se va con su objetivo cumplido. Mientras esperaba a que el semáforo diera paso ve pasar nuevamente al vendedor de medias arriba de un ómnibus. Mueve la cabeza, mira el asfalto e intenta recordar algo de la pelea, pero no puede ni le importa mucho. Llega al bar, Pucho lo mira y ya sabe que tiene que servirle. Azambuya va al baño y se mira en el pedazo de espejo que cuelga de los azulejos. Tiene un pequeño raspón en el codo, pero no es nada. Se acerca al mostrador en procura del vaso y toma un trago largo, larguísimo. El olor a fritura le revuelve el estómago y se va a fumar el pedazo de cigarrillo afuera. Se recuesta a la pared y ve pasar las nubes muy lentamente. Aspira y exhala una y otra vez. Repite el ejercicio indefinidamente. Todo parece ir en cámara lenta. Abstraído de todo empieza a tararear la melodía del tango

“Pa’ que sepan como soy”. Repasa parte de la letra y llega a una conclusión: “es majestuosa, sublime”. Busca pasar desapercibido ante los ojos de los curiosos. Ve pasar un empleado de UTE luciendo con orgullo su uniforme nuevo, flamante. Se miran. El muchacho lo saluda cordialmente, pero el gordo sin vacilar le dice: “¿Qué mirás, alcahuete?” Vuelve al mostrador y nota que hay tres o cuatro tipos acodados al mármol. No reconoce a ninguno. No sabe quiénes son. No recuerda haberlos visto nunca, aunque quizá todo lo contrario también pueda ser cierto. Se percata que en el boliche hay más gente. El bar Don Pucho no es un bar de mala muerte, es peor, es un submundo colmado de acciones turbias. Los que no son asiduos dicen que tiene “un algo indescriptible que lo hace especial”. Pucho lo heredó de su abuelo, no conoció otro trabajo, otro oficio. Desde que nació está ahí. Vive ahí con su familia. El mobiliario es viejo. Las paredes tienen el revoque caído. El techo gotea y deja caer agua como cascada cuando llueve. En invierno hace frío y en verano es un horno de barro. Hay un solo baño, con un solo inodoro y la cisterna anda mal. Lo usan los clientes, hombres, mujeres, travestis, niños, la familia de Pucho y los transeúntes. El piso del salón hace años que no se lava. Hay colillas y servilletas usadas en el piso. Hay migas caídas. Hay cucarachas muertas. Hay cartelera descolorida, pasada de moda. Hay un banderín colgado del Centro Atlético Fénix y una camiseta del Guruyú Waston devorada por las polillas. Hay fotos de Pucho con algunos personajes montevideanos que pasaron por ahí y seguramente nunca volvieron ni volverán. El gordo dice que la mejor foto es la que se ve a Pucho dándole la mano a Onetti. La leyenda cuenta que la foto la sacó por error un fotógrafo que concurría al bar hace años. El tipo siempre contaba que cuando fue a revelar el rollo no recordaba haberla sacado, ya que Onetti le parecía un ser nefasto. Por el contrario, Azambuya cuenta la historia de otra forma. Según su versión la foto la sacó él ante un descuido del fotógrafo. La instantánea está sacada con una naturalidad

tremenda, casi profesionalmente. Hacia el fondo hay una mesa de pool y una de casín. Y más al fondo, como escondido, un cuartito que se usa con fines varios. Azambuya observa el apuro de la gente al comer. Se detiene en la mancha de tuco que hay en la camisa de una mujer a la altura del corazón, de paso le relojea las tetas. Mira como un tipo habla con la boca llena y le escupe el ojo a la chica que está en la mesa junto a él. La mujer hace un gesto con la cabeza, se levanta y va camino al baño. Con una mano se frota el ojo agredido. A medio metro de la puerta del baño empieza a toser y hace un par de arcadas. Se tapa la nariz con la otra mano y vuelve a toser. Insiste y en un acto de grandeza decide acercarse a golpear la puerta, pero el olor a mierda es insoportable. La chica vuelve a la mesa, derrotada. Se toma la cabeza con las dos manos. Agarra una servilleta y se la pasa por el ojo. Se quita la molestia, sí, pero también se corre un poco el maquillaje. El gordo mira para el baño y ve que la mujer de Pucho sale con el rollito del papel higiénico vacío y se dispone a encender un fósforo. No puede. Intenta de nuevo, pero el fósforo se le rompe. Azambuya piensa y mientras dice la frase se tiente: “¿Un fósforo vas a prender, vieja amarreta? Tendrías que quemar una fábrica” Empina el vaso y hace fondo blanco.

- Disculpe jefe, ¿quién atiende acá? Estoy apurado, quiero pagar hace rato y no sé dónde está el mozo...

El gordo se da vuelta y ve un hombre de unos cuarenta años, bien vestido, con un maletín de cuero impecable. Lo mira de arriba abajo y le dice:

- Si querés dejá la guita en la mesa, cuando venga le aviso. ¿Está justo?

El tipo mira al gordo y duda. No sabe qué puede pasar, pero le termina haciendo caso, ya que el apuro parecía verdadero.

- Está bien – dijo el muchacho -, dejo la plata ahí, usted dígame que

pago un café ydejo propina.

El gordo asintió con la cabeza y le dijo al hombre que se marchara tranquilo, que la gente del bar era honesta. El muchacho salió por la puerta y enseguida paró un taxi. Azambuya se acercó a la mesa como un puma, intentando no levantar sospechas. Tomó la plata, se la metió al bolsillo y salió por la misma puerta que el muchacho. Fuera del bar contó la guita y se “rescató” que uno de los billetes era falso. Miró un poco el tránsito y decidió ir hasta el kiosco. Esperó a que no hubiese nadie y semandó. Sin vacilar preguntó:

- ¿Está Dahiana?

La mujer se sorprendió por la presencia del hombre, intentó balbucear algo, pero se le trabó la lengua. Miró su aspecto general y el sentimiento para con él fue uno solo: temor. La mujer quedó paralizada. La repregunta de Azambuya pareció despertarla y respondió:

- Creo que fue a hacer una limpieza...

El gordo corrió la cortina que oficiaba de puerta y salió del kiosco sin agradecer. Caminó hasta el bar inmerso en algunos pensamientos que no lo llevaron a ningún lado. Esos pensamientos solitarios eran caminitos rurales cercanos al Arroyo Manga. Ese vagar mental lo introducía en laberintos indescifrables. Por ejemplo, mientras él iba en busca del casco de una estancia se encontraba con el esqueleto de un rancho de paja abandonado. Pateaba otro trecho y a lo lejos le parecía ver una casa humilde con la estufa prendida, la tranquera abierta y un perro cimarrón durmiendo bajo un ceibo. Iba hasta ahí, cuando llegaba tal casa era un galpón en el cual habían estado esquilando y el supuesto perro cimarrón era una oveja que estaba clavada en una estaca, como si en breve fueran a empezar a asarla. De todas

formas entraba al galpón y revolvió entre las pertenencias de los esquiladores. Tenían tabaco, cuchillas, tijeras y otras porquerías. Buscó algo para encender el fuego y comenzar a asar la carne, pero no encontró. Agarró una sierra, cortó el cuarto del animal y lo metió en una bolsa de arpillera. Buscó algo nuevamente, algo que debía estar por ahí, pero no se daba cuenta qué era. Buscó y buscó hasta que dio con el cuero de la oveja recién carneada, le limpió un poco la sangre y lo metió en la bolsa. Resignado volvió a caminar, pero la tardecita empezaba a caer y decidió pasar la noche en un monte. Se cobijó con el cuero y durmió lento, respirando profundo, síntoma de su peregrinación campera. Al día siguiente se despertó con los golpes de un pájaro carpintero ¡Tac, tac, tac! El gordo no podía tirársele encima, como había hecho con el vendedor del ómnibus, así que buscó una piedra y se la tiró. El pájaro voló y se refugió en un nido. Cargó la bolsa al hombro, cruzó el alambrado y puso sus pies a andar nuevamente. Levantó la cabeza para mirar por dónde andaba y de inmediato divisó un ranchito de chapa extremadamente precario. No sabía si al acercarse este sería un cementerio indio o la casa del encargado de la estancia. No era ninguna de las dos cosas. Efectivamente, era un ranchito precario, eran cuatro chapas herrumbradas atadas con alambre, apuntaladas por unos palos con forma de lanza en la punta; una oficiaba de techo y las otras tres de paredes, la parte frontal quedaba a la intemperie. Se oyó una voz femenina, ruda, brutalmente hosca. En una mezcla idiomática entre gaucho y ruso dijo:

- Oiga, ¿gre guiere?, ¿quién é úste?

Azambuya se sintió intimidado. Lo primero que el gordo vio al dar media vuelta fue la inmensa cuchilla que la mujer tenía en la mano. Después observó el vestido negro, largo, gastado por el trajín de la vida rural, las heladas, el frío y la mugre. De a poco fue levantando la cabeza hasta quedar

frente a frente con ella. Los separaban diez metros. Era alta, tenía ojos muy celestes y el pelo rubio, descuidado. Piel blanca, lisa, sin manchas, sin arrugas, sin lunares. El tabique recto y la nariz excesivamente ganchuda dejó perplejo al gordo. Ella volvió a realizar las mismas dos preguntas, sumando ahora a su tonalidad vocal algo de intriga. Parecía ofuscada. Azambuya volvió a mirar la nariz de la mujer y le dijo:

- Necesito algo para hacer fuego, un chisquero, fósforos, eso...

La mujer puso sus ojos celestes en la línea del horizonte unos segundos y salió al encuentro del forastero. Él le miró los pies y notó que había barro en cada una de sus uñas. La mujer lo estudió de arriba a abajo un par de veces y le respondió:

- Ya vengo, espere ahí...

Empezó a recular despacio, en ningún momento le dio la espalda a su interlocutor. Fue hasta el rancho. Se escuchaban unos ruidos extraños que el gordo no lograba percatarse de qué eran. Cuando afinó el oído notó que la mujer estaba afilando la cuchilla. Ahora ella volvía con las dos manos ocupadas, en una traía la cuchilla aún más afilada de lo que parecía en un principio, en la otra, un encendedor. Se detuvo en el mismo lugar, a escasos diez metros y preguntó:

- Oiga, ¿úste ende va armar na frograta y pa´ qué?

Azambuya le explicó que tenía el cuarto recién carneado de una oveja, que hacía días que no comía nada y quería compartir la comida con ella. La mujer miró la bolsa de arpillera con desconfianza y le dijo:

- Pero... ¿tonce úste é cuagtrero?

El gordo le comentó que estaba de pasada y que un puestero le había dado la carne como forma de pago por un trabajo que había hecho. El

laberinto comenzaba aespejarse.

- Deje bolsa ahí quieta y vaya lejos, voy a ver... – dijo la mujer-.

No estaba conforme con las explicaciones que el desconocido le daba. El gordo hizo caso al pedido. Ella agarró la bolsa y la dio vuelta. El pedazo de carne fresca cayó al pasto junto al cuero. Levantó el cuero, lo daba vueltas de un lado para otro, lo tocaba de ambos lados, lo miraba. Pasó la mano por la lana y luego por la parte interna. Lo olió un par de veces, casi que lo olfateó. En un momento lo extendió con sus dos manos hasta que pareció encontrar lo que buscaba.

- ¡Vayasé, embustero! –dijo la mujer enojada, señalando el camino con la mano donde tenía la cuchilla-

- ¿Por qué? –replicó Azambuya-

- ¡Esto úste lo grobó, cuagtrero!

- ¡Le dije que me lo dieron! ¿No entiende? –respondió el gordo subiendo el tono de voz-

- ¡Esto úste lo grobó de mi galpón, este é mi bicho! ¡Lagdrón!

- ¡Devuélvame la carne, vieja roñosa! –gritó Azambuya-

- Váyase o lo mato...– replicó la mujer con pasmosidad -.
- ¿Con la cuchilla esa de morondanga? – dijo con sorna Azambuya -.

Antes de que terminara de pronunciar la tercera vocal de la palabra morondanga se oyó el estruendo de un trabuconazo que rompió la monotonía silenciosa de la llanura levemente ondulada. Azambuya pegó un salto en el lugar y del susto dejó caer unas gotas de orina sobre su bragueta. La miró con desprecio, caminó once pasos y de nuevo dentro del bar notó que la cantidad de gente había disminuido. Miró un par de veces la mesa de la cual había robado la plata, estaba vacía, no había migas, no estaba el plato ni el mantelito de papel. Cuando se acercó a la barra Pucho le preguntó si no había visto irse a un muchacho bien vestido que cargaba un maletín, ya que le parecía que se había ido sin pagar. Azambuya contestó que no había visto a tal sujeto y le pidió algo para tomar. Cuando Pucho se dio vuelta para agarrar la botella el gordo manoteó la guita y, en un movimiento de karate, se la metió entre el calzoncillo y los genitales. La acción duró un microsegundo. Al levantar la cabeza le pareció que la mujer de Pucho lo estaba mirando desde la cocina, aunque no tuvo tal certeza. Hizo como si nada hubiera pasado y contempló nuevamente la foto en la que Pucho y Onetti se están saludando con un apretón de manos. Por milésima vez observa todos los detalles: qué estaban comiendo, qué tomaban, qué había arriba de la mesa, quiénes estaban en las mesas aledañas, qué hora marcaba el reloj, cómo estaba vestida la gente, todo. El detalle que más llamaba su atención era uno: el escritor tenía un cigarro encendido en la mano libre y otro, también encendido, en los labios. No recordaba si había alguna vez había leído algo de él, “seguramente en la escuela”, pensó. Mientras bebía lentamente observó cómo Pucho se sacaba la cera del oído con el capuchón de una lapicera y la masticaba suavemente, la saboreaba. Se sorprendió cuando por atrás le tocaron el hombro y le preguntaron:

- ¿Jugamos un pool, amigo?

Azambuya observó al tipo con desconfianza. Se percató que era el mismo que hacía horas estaba en un rincón tomando vino y mirando unas revistas “Guambia” del año del moño. Aceptó el desafío y le preguntó si jugaban por algo.

- ¡Claro –contestó el hombre-, por la ficha, por la copa y por cincuenta pesos, como en cada boliche montevideano!

El gordo asintió con la cabeza. En el momento que iba a ponerle tiza al taco se acordó que tenía la plata guardada en el calzoncillo. Le dijo al hombre que iba hasta el baño un momento y volvía. Si perdía iba a tener que sacar la plata de “ahí abajo” para dársela al tipo, pagar la ficha y la copa. No le pareció adecuado hacer eso en medio del bar a pesar de su falta de escrúpulos. El hombre le dijo que armaba y lo esperaba para partir. Azambuya fue hasta el baño. Allí sacó la plata robada y separó el billete falso de los supuestamente verdaderos que tenía. El falso, al bolsillo de la camisa, los otros, al pantalón. No podía confundirse de billetes y quedarse él con el falso y dar los de verdad. Con la carencia de chirolas que tenía, no podía macanearla. Pensó: “Si pierdo, al boludo este le encajo el falso, ya fue”. Sin embargo, también pensó: “Si pierdo la apuesta, capaz este logi paga algo acá en el bar con esa guita falsa y lo va a terminar cagando a Pucho y quizá Pucho después me de ese billete falso a mí...”. Se quedó un instante en silencio, orinó largo y tendido y, como de costumbre, se mojó la bragueta y los mocasines.

- ¿Carpincho o número? –dijo el hombre con una moneda en la mano-.

- Carpincho –respondió Azambuya-.

- Carpincho –dijo el tipo-, salís vos...

El gordo tenía el pulso medio movido, no era un gran jugador de pool. Partió y no embocó nada. La partida se fue desarrollando de manera lenta y bastante obvia. Su oponente, algo más lúcido, tampoco era un gran jugador. Charlaron de cosas indistintas. Entre otras, la extraña belleza de las enfermeras del Hospital Maciel. Esa sensualidad vulgar que las caracteriza, la pulcritud aséptica de sus

uniformes y lo traslúcida que es la tela de los mismos. El único momento interesante de conversación fue cuando hablaron de las historias del Bajo montevideano, la desaparecida calle Yerbal, el extinto barrio “La Olla” y la piqueta fatal del progreso; ambos sabían del tema y mucho. Increíblemente la bola negra quedó para el final. El gordo iba al medio y el otro en una de las esquinas. Demoraron un rato entre acercar la bola al hoyo y embocarla. Era el turno de Azambuya. Arrimó el taco a la bola, miró, midió, apuntó, incluso cerró un ojo para mejorar la puntería. En el instante que va a realizar el tiro pasa la señora de Pucho por detrás de él y le mueve el taco. Nunca sabrá si lo hizo con o sin intención. El casquillo azul impulsó la bola blanca, la bola blanca a la negra y se desató la carambola. La bola blanca cayó a uno de los hoyos y la negra quedó en el centro de la mesa girando sobre sí misma. De la boca del otro se oyó un:

- ¡Gané, carajo!

Azambuya cerró los ojos y dejó caer la cabeza. Estaba vencido. En ese momento le pareció estúpido ponerse a dar explicaciones de la situación que acababa de vivir. Hacer berrinches de niño no daba y prefirió “aceptar a medias la derrota”.

- Bien jugado – dijo Azambuya, mientras masticaba entre dientes una puteada contra la señora de Pucho -, ya te pido un vino...

- ¡No, aguantá! – dijo el tipo - Dame los cincuenta pesos, pagá la ficha y no pidas vino, voy a tomar un par de medidas de whisky, importado, por favor.

El gordo sorprendido y sin mirarlo, retrucó:

- Bo, hace horas que estás tomando el vino aguado que hace la... - e iba a decir “vieja de mierda”, refiriéndose a la señora de Pucho, pero se aguantó y prosiguió – patrona del cantinero...

El triunfador con tono sobrador dijo:

¡Dale, viejo! No seas mal perdedor, pagá lo que te pido...

Azambuya giró sobre sí mismo y clavó su mirada áspera en los ojos del hombre. Éste le hizo el clásico gesto que uno hace con las manos cuando quiere que alguien pague.

- ¿Qué te pasa, pelotudo? – exclamó Azambuya con fiereza -.

- ¡Que tenés que pagarme, hermano! ¿O no me vas a pagar?

Esta situación irritó al gordo de sobremanera. Con carpa miró para todos lados, tomó aire, esperó un instante y con la experiencia de un maestro bōjutsu le bajo el taco de pool al tipo a la altura del cuello. Enseguida lo tiró sobre el paño verde, como si quemara. La mujer de Pucho, que venía caminando cabeza gacha, se topó con el hombre que parecía muerto. Sin dudar miró a Azambuya, casi incriminándolo. Ninguno de los dos dijo nada, hasta que después de unos segundos ella exclamó:

- ¿Y a este qué le pasó?

- No sé, se cayó... -dijo Azambuya -.

La mujer apuró el paso y llamó a su marido. Cuando Pucho llegó dijo:

- ¡Nooo, el milico! ¡Putá madre! ¿Qué pasó?

- ¿Qué milico? – dijo Azambuya -.

- ¡Este, boludo! ¡Es cana! ¡Está acá en el bar haciendo un laburo de encubierto! -respondió Pucho-.

- ¡Pero si está tomando vino hace horas! - contestó Azambuya estupefacto-.

- ¡No entendés nada, gordo! Eso no es vino y lo de las revistas es para despistar...

- ¿Despistar a quién, bo? – preguntó Azambuya incrédulo-.

- Hay uno que está viniendo al bar que está en algo raro. Posible prestamista que encima anda con guita falsa. El comisario me pidió para hacer un seguimiento y le dije que sí... ¿Qué hago ahora?

Azambuya lo miro con actitud confusa y lo único que atinó a decirle fue:

- Ni idea... ¿y si lo llevamos para ahí atrás?

Cargaron al tipo hasta el bulo y lo acostaron en un colchón lleno de pulgas y algún que otro fluido corporal reciente. Observaron al hombre unos segundos, pero no reaccionaba. En el momento en que el dueño del bar estaba por salir del cuartito Azambuya se acercó al tipo y le metió la mano en el bolsillo. Pucho se dio cuenta del movimiento y en voz baja dijo:

- ¡Gordo hijo de puta!, ¿qué hacés, rastrillo?

- ¡Voy a cobrar lo que me debe! –dijo Azambuya-.

- ¿Y él qué te debe? ¿Vos no serás el prestamista que están buscando, no? –preguntó sarcástico Pucho -.

- Me debe las apuestas que le gané al pool...

- ¿Vos le ganaste? ¡Si sos horrible jugando! No tenés pulso y no sabés diferenciar lisas de rayadas... – retrucó Pucho riéndose en voz baja -.

- Bo, si te la cuento tal cual fue, no me vas a creer... ¡hasta vergüenza me da!

- ¡Dale, cantá misterioso! ¿Qué pasó? – preguntó Pucho ansioso -.

- No sé cómo explicarte – dijo Azambuya arrebatado -, así que te voy a decir la verdad. Pucho, la partida de pool la gané de culo, ¿entendés? ¡De puro culo! ¿Cómo no le voy a cobrar, bo? ¡Tras que ando con tremenda mishiadura! ¿Y si la cosa hubiera sido “alverre”? ¿Si yo hubiera perdido? ¿Iba a tener que pagar, no?

FLORES(SIENDO)NOS

Ximena Gadnich

Se despertó esa mañana con un rayito de sol de invierno. Esa sensación de calor entre el aire frío, inigualable, suavcito. Iba a ser un buen día. Las mañanas y las noches de invierno en Montevideo vienen siendo congelantes. Salió de la calma en calma, como una flor que busca el sol, estirándose con el deseo de acercarse.

Fue al baño y se detuvo en el espejo, como hace en general; era uno de esos días en que iba a dedicarle un buen tiempo a su estética. Le costó mucho irse construyendo desde el deseo. Dejar atrás los muros grises de lo binario que, durante mucho tiempo, obstruyeron su deseo más honesto. Esa niña, esa adolescente, esa mujer hetero (socialmente) bastante CIS había desaparecido. Al menos de dentro hacia afuera, al menos de la idea a lo concreto, a su tiempo, con paciencia, suavcito y ta.

Porque, claro, siempre hay negadores profesionales. Fanáticos de La Verdad y la biología, que ignoran cómo se presenta e identifica ahora. No pueden empatizar porque son fanáticos de sus lecturas. Su única lectura de elle es que es una mujer y eso, parecería, que les vuelve sordos a sus palabras.

¿A qué le temen?

Aunque, obvio, se ha armado de estrategias para ser consecuente y sobrevivir al convivir. Hace poco se fue de la casa su padre, se alquiló un cuarto en Barrio Sur y Palermo, con el deseo del refugio que el candombe le ha brindado. Con el

deseo que la distancia de sus familias - la de su padre, la de su madre y las personas que se fueron sumando - facilite que comiencen a respetar sus formas de reproducir la vida por fuera de lo binario.

Esas formas en construcción y constante cambio, parecidas a las estrategias que fueron armando las vidas no humanas para sobrevivir a tanta destrucción. Tomando las palabras de las vidas racializadas y constantemente atacadas, esas personas que le han compartido sus estrategias para sobrevivir con algo de alegría entre tanta crueldad. Hoy, comenzando en una casa compartida, con personas conocidas que confían en que una convivencia comunitaria es la base de formas más amigables. Personas que conversan, se cuidan, se riegan, como a las plantas con las que comparten.

Bueno, esos pensamientos se sahumaron con el incienso que prendió para su altar. Eligió un sahumerio de marcela, de su cosecha, para limpiar su espacio.

Mientras desayunaba, escribía una carta de amor que nunca iba a entregar. Acomodó unas cositas en la casa, le contó algunos secretos a sus plantas, se hicieron unos mimos con sus perris y comenzó su rutina de yoga. Ahora sí, el apronte para salir a la calle.

Eligió la ropa más holgada, la que le hace sentir belli. Eligió caravanas, se hizo un peinado simulando una cresta - que le llevó más tiempo del esperado, como siempre - hasta quedar conforme con lo que veía. Se sentía sensual, se sentía valiente para hablar con la persona que le gustó en el último ensayo, sentía ese sol de invierno embelleciendo y calentando el alma.

Luego de algunas actividades engorrosas del día, cansadoras, de perder el tiempo como si fuera eterno - ya que tenía que trabajar y comprar y comprar - salió para el ensayo. El momento tan esperado de la semana. Era tal el entusiasmo

y la alegría de acercarse a una manada que le nombra y acepta sin presiones ni condiciones. Que digo una manada, dos manadas. Y andá a saber las que todavía no conoce.

Bueno, ta, volviendo que me atrapa la pasión del candombe y pierdo el hilo de la historia. Esa batea le recibió con amor. Hoy, llegó sin tambor pero con ganas de danzar a la luna, al ritmo del candombe, con otros. Se sentía en una nube de seguridad, ternura y protesta/propuesta. Vidas gozosas compartiendo es una posibilidad real, aquí y hoy.

Fue un pensamiento secundario que esa persona que le gustó no fue, porque el candombe ocupó todo su cuerpo y toda la calle y todas las cuerpos de la batea marika. ¿Cómo no enamorarse a cada minuto en ese vaivén? Danzan con el fuego en el pecho. El sol de invierno preparó las cuerpos para el fuego de la noche.

Se iba a descansar con el alivio del placer cuando termina el ritual del goce. Le ofrecieron acompañarle a tomar el bondi pero prefería caminar. Sostener con la caminata el calor de la cuerpo para que no se lo lleve el frío del aire. Caminó acompañade unas cuadras y siguió sole. Se enchufó los auris para ir cantando como siendo protagonista del video de la canción.

Un vehículo desacelera la marcha y va a su ritmo, a su lado. «*Gente más perdida que yo*»... pensó. Se sacó los auris para preguntar si precisaban algo. Luego de unos juegos confusos de palabras y preguntas fuera de lugar, empezaron a insistirle con que los acompañe. Elle, de una, les dijo que estaba bien sole.

Empezó a caminar, esta vez sin auriculares y muy rápido, más el vehículo le seguía con clara ventaja. Querían saber que tenía en su entrepierna, querían corregirle, que elija una cosa u otra, manejaban la impunidad de los poderosos. Se bajaron tres señores blancos, claramente no pobres, claramente no en situación de calle, claramente privilegiados, claramente sin mente clara. Llenos de odio

y gritándole «*marica*» - una palabra cotidiana que ésta vez suena desubicada, no es lo mismo que lo digan ellos que ellos - le golpearon toda su cuerpo. Con palos y piedras destrozaron su andar y el jardín de su templo cuerpo.

Con cada golpe derrumbando su templo colorido y haciendo asomar los muros grises. Dejando a la vista que los señores pichones - y no tan pichones - de burgueses hetero sociales blancos odiadores profesionales, o simplemente soretes, son dueños de la libertad para destrozarse a las cuerpos que no les hacen caso y, sobre todo, si están por fuera de la estúpida normalidad binaria consumista de cuerpos pornográficos.

Cada golpe trayendo al pensamiento las inseguridades que, tanto intenta transformar, cuando quiere vincularse con alguien más. Las mismas que le hacen aceptar el pronombre asignado, y no el que desea, así como su nombre asignado. No le da igual que sigan diciendo Mónica, cuando su nombre elegido es Río. No le da igual que le digan ella, cuando no se siente mujer pero tampoco que le digan él, porque no se siente hombre. Hija de la costumbre, pero sobre todo, del miedo.

Piensa que esto que nos quisieron vender como un cuento de Disney, es una realidad del terror, es una realidad sudaca, latinoamericana, incluso en la suiza de américa. Entiende que esos señores deciden quiénes caminan y quiénes no. ¿Quiénes se harán cargo de reparar tanto dolor? ¿Volverá Río a esconder sus deseos en los muros grises levantados por el odio?

Se pregunta, ¿quiénes son esos señores y por qué seguimos siendo cómplices de sus crueldades?

Tanta vigilancia, tanta tecnología, tanto registro, ¿a quiénes cuida?

Nos pregunta, ¿cómo animar el deseo de vivir entre tanta destrucción?

EN LA PERIFERIA DE MONTEVIDEO

Yoselyn Pereira Carle

Km 16 de Camino Maldonado, barrio sin nombre. Los dos ómnibus de línea que lo tienen por destino así lo testimonian, el 103 y 316 respectivamente. Una simple ubicación en el mapa hasta hace poco lo consideraba zona rural. Curioso es que en verdad Camino Maldonado como tal termina en el km 13 y luego pasa a ser la ruta 8. Es decir, ni siquiera la ubicación está bien puesta. Sin embargo, Villa Don Bosco y Villa Prosperidad son nombres que se han ensayado para el mismo, ambos eludieron el éxito. Confundido en las noticias permanentemente con Punta de Rieles o Villa García, este es un barrio que pese a su esquiva nominación, tiene identidad propia.

Fue construido en parte por mi familia y otros vecinos que colaboraron comunitariamente hace más de 80 años. En el caso de mis seres queridos, decidieron mudarse de Aguas Blancas, Lavalleja, en búsqueda de un futuro más próspero en la capital. Vendieron sus tierras y arribaron aquí con la esperanza de que los más jóvenes pudieran estudiar, para así dejar de lado la vida tan sacrificada del campo. No lo lograron, tuvieron que salir a trabajar denodadamente con la imperativa necesidad de mantener el hogar. De esta manera su anhelo se vio truncado; pese a ello, supieron transmitirlo a las siguientes generaciones, aunque no como un mandato, sino como deseo. Yo sí pude estudiar, y entre otras cosas es porque ellos fueron el impulso. Crecí en este lugar y vivo aún hoy aquí. Para mí es especial porque representa mi origen. No obstante, es difícil ver tan a menudo, que no todas las familias corrieron la misma suerte.

Por ejemplo, el otro día me encontraba de regreso a casa cuando vi venir a un pibe caminando, el típico plancha devenido en ñeri según la nueva jerga. No me resultó inquietante la situación hasta verlo cruzar con la clara intención de dirigirse a mí. En ese momento me sobresaltó el pensamiento de — Bueno te la

van a dar, la venías sacando regalada hasta ahora — pero cuando se detuvo de frente me encontré con una mirada familiar (lo único reconocible que le quedaba) y con un confianzudo — ¿Qué haces Titi, todo bien? — terminó por abrir el cajón de los recuerdos y traer algunos a mi memoria. Claro que lo conocía; compañero de clase en la escuela. Creo que incluso llegó a gustarme en algún momento.

Se podría decir que fue el comandante en jefe del grupo de los fatales de la clase, el matón que se aprovechaba de su fuerza y le robaba la merienda a los compañeros. El pibe que andaba repartiendo golpes porque era el menú que le servían a diario en la casa, mucho más frecuente que un plato de comida y de afecto. El hecho es que se me presentó en estado cadavérico, con el desamparo arraigado en la mirada y el cuerpo. Difícil describir cómo un encuentro de unos pocos segundos pudo hacerme pasar por todos los estados emocionales habidos y por haber, y no sé si en el orden que los voy a relatar o acontecieron ¿verdad? todos al mismo tiempo: primero sentí miedo, seguido de cierto alivio, para dar paso a una profunda tristeza e impotencia.

No obstante, no era que desconociera su situación, sabía de sus constantes entradas y salidas de la cárcel, consumo problemático de sustancias y un amplio etcétera. Empero, hacía años no lo veía y me había quedado con otra imagen de su persona. A su vez, me sorprendió y conmovió de sobremanera que me reconociera. Pidió unas monedas, las cuales le negué y en su lugar le ofrecí algo de comer. Me dijo que no, seguro el hambre que lo azotaba en ese momento no era de satisfacer una necesidad tan básica como la alimentación, sino de otro tipo, mucho más urgente. Me pregunté en qué momento sustituyó una cosa por otra. Pensé que ayudando a calmar el ruido de un estómago vacío alcanzaba, o en eso quería creer aunque me di cuenta de que no, que no basta. Empecé a navegar en un mar de preguntas, que van desde los gobiernos y las políticas sociales hasta las elecciones de vida que podría o no haber hecho el pibe (o estos pibes y pibas, porque ya caí en la pluralidad) y terminé pensando en la familia, en lo que pudieron haber hecho y no hicieron, en lo que no hicieron porque no podían. En

que a veces la cosa viene de generación en generación, y así podría seguir hasta que al final parece que la responsabilidad es de todo/as y de ninguno al mismo tiempo, y lo cierto es que sí.

Sin embargo, a veces resulta más sencillo buscar culpables porque aliviana la carga encontrar al sistema u hogar como determinante de una vida que desemboca en esas condiciones. Al igual que puede tranquilizar pensar que es una elección individual, pero descubrí que no me satisface esa respuesta. Creo que es más tolerable verlo así en lugar de considerar los múltiples abandonos que lo atravesaron: familiares, institucionales, etc. Incluyendo por supuesto, el suyo propio.

Al fin y al cabo, me quedé con la impotencia y tristeza de no saber qué hacer, del cómo, de los por qué. Me encontré patética en esa parálisis del pensamiento, por lo que decidí escribirlo. Un acto de todas formas solitario que me puede desahogar a mí, pero no a él ni a ellos/as. Por lo tanto, se apuntaló aún más mi deseo de tomar contacto con estas "otras" realidades sentidas tan ajenas y cercanas al mismo tiempo. Tener más de estos encuentros que interpelan, que llenan de preguntas. Preguntas, que quizás es preferible continuar haciéndose porque son las que ponen en movimiento. En una posición de búsqueda constante y ayudan a ir abriendo caminos en lugar de cerrarlos con respuestas. Para finalizar, estos pibe/as sin nombre al igual que mi barrio, que viven en el anonimato, que no son invisibles sino invisibilizados. Ello/as, también encarnan parte de la identidad de nuestro Montevideo, aunque resulte incómodo y hagamos el intento inútil, de pretender barrerlo bajo la alfombra.

LA FOTO VELADA

Mariana Rubio

Amanece temprano; es una mañana otoñal, fresca y húmeda. Ana se despierta a las siete y media, el aroma tostado del café la transporta a la cocina, donde encuentra a Lorenzo. Se reclina contra la puerta de madera y le dirige una mirada altiva, a la distancia. Sin rodeos y con firmeza, levanta la voz:

— Se acabó, Lorenzo.

— ¿El qué...?

— Esto.

— Podemos esperar un poco más.

— No, vos sabés que ya no.

— ¿Y si nos vamos de vacaciones?

— No insistas más, me voy este fin de semana a la casa de mis padres, ellos no van a estar, necesito estar sola. Te podés ir a la casa de tus padres, ellos tienen habitaciones de sobra.

— Parece que todo lo decidís rápidamente, hasta a dónde tengo que ir.

— Lorenzo, podés quedarte donde vos quieras; en la casa de tu amigo Francisco seguro que también hay un lugar, ahora que está separado.

— Sí, sí, mejor me voy ahora a la casa de Francisco y no espero estos tres días en casa hasta el fin de semana. Total para qué mierda me voy a quedar acá si vos ya tomaste la decisión.

— La decisión la tomamos entre los dos, Lorenzo.

— Sí, sí, ¡lo que vos digas!

Lorenzo toma precipitadamente su café, que a esa altura está frío, pasa por su lado y cierra la puerta con fuerza. Ana siente que estuvo a punto de ser golpeada.

Lorenzo se dirige al cuarto. Se siente confuso, irritado. Apronta algunas prendas de vestir en forma desordenada en su valija pequeña y sale a la calle.

El pronóstico del tiempo indica tormentas y vientos fuertes para ese fin de semana en Montevideo. A la tardecita del viernes, Ana se dirige directamente al bar Rodelú de Malvín. Pide una pizza con fainá y una cerveza. La vista a la playa y el aroma refrescante del mar la revitalizan. Quiere captar esas imágenes, busca en su bolso su cámara de fotos, trata de recrear la luz con el flash y aprieta el botón. Cuando termina de cenar, se levanta y se va caminando hasta la casa de sus padres, que queda a media cuadra. El auto lo deja estacionado por la calle 18 de Diciembre.

Se va pensando cuándo fue la última vez que fue a ese bar con Lorenzo. Llega a la casa y abre las ventanas para ventilar.

Se siente muy cansada y se acuesta. En la madrugada se levanta, una ráfaga de viento fuerte y una lluvia torrencial la despiertan. «¿Qué hago sola en esta casa tan grande y con este clima otoñal tan cambiante?», se pregunta. «No tengo internet y el apagón seguro durará toda la noche. ¡Uf, tendré que buscar a tientas las velas!». Seguidamente, enciende un farol a querosene y lo ubica en el comedor.

Evoca los inicios de su relación con Lorenzo, esos primeros años en los que vivieron junto a sus suegros en la zona residencial del Prado, en una de las casas quintas en las inmediaciones del arroyo Miguelete, de varias habitaciones y recovecos, rodeada del encanto de la naturaleza; una casona cuya fachada estaba cubierta por una planta frondosa, una glicina de color violeta.

La casona la había heredado el padre de Lorenzo. Su abuelo la hizo construir a principios del siglo XX. Durante mucho tiempo, sus abuelos la utilizaron como un lugar de descanso, hasta que sobrevino la gripe española y decidieron refugiarse en su quinta como muchas familias de esa época.

Ana recuerda esos primeros años de su matrimonio como una etapa muy feliz. El olor húmedo de la tierra después de una copiosa lluvia despertaba en ella un halo de misterio y de pasión, se sentía libre recorriendo los pequeños senderos del jardín.

Casi todos los fines de semana iban al museo de Bellas Artes a contemplar las pinturas de Blanes y de Pedro Figari y a dar paseos por el Botánico.

Cae la tarde. Ana prende la estufa a leña, se sirve vino y halla en un canasto de mimbre un álbum de fotografías. Algunas están dañadas y descoloridas, otras con raspones y algunos dobleces. Son unas pocas fotos que ha hecho Lorenzo. No entiende por qué están allí, en la casa de sus padres. Lorenzo es fotógrafo y le gusta registrar esos instantes efímeros.

« ¡Habla con tanta pasión de la fotografía!», piensa Ana.

Recuerda su voz: «La foto es el soporte para que el instante cargado de emoción quede registrado en la retina. Las fotos guardan un secreto, por eso siempre estarán vivas para quien rememora ese momento».

Por primera vez desde la conversación en la cocina, se conmueve y asume el regusto crudo de su decisión.

Ha decidido ir hasta allí para eludir los recuerdos, pero las imágenes se le presentan a pesar de su deseo de olvidar. Podría haber quemado al álbum, pero no lo hizo. Los recuerdos se agolpan en sus

pupilas. A pesar de su cansancio, las imágenes le revelan una nueva mirada. Vuelven a pasar por su corazón los distintos momentos que ha vivido con él, esta vez con nostalgia. Se asombra al descubrir otra perspectiva de las cosas.

Necesita rescatar ese pasado de su memoria, navegar en él envuelta en el sudor de su piel cansada.

Observa cada foto y recuerda.

Foto en blanco y negro, año 1968, estudiantes gritando, corriendo, algunos en el suelo, policías con porras

Se habían conocido frente a la Facultad de Medicina en el año 1968 en el medio de un enfrentamiento violento entre estudiantes y policías. Ella tenía 25 años, y él, 26. Ana vio los golpes de un policía a un estudiante tirado en el suelo. Estaba parada entre medio de la multitud gritando, protestando, hasta que alguien la tomó del brazo, la arrastró y la sacó de ese lugar. Lorenzo la salvó del atropello, de los golpes, le salvó la vida, eso pensó. A partir de ese momento empezaron a salir hasta el momento en que la policía fue a buscar a Lorenzo a la casa de la ciudad vieja, lo esposaron y lo subieron a un Chevrolet.

Arco y fachada exterior de la cárcel de Punta Carretas

Ana lo iba a ver todos los sábados a la cárcel de Punta Carretas. «Ahora es un shopping», piensa. Recuerda que pocas semanas atrás en la puerta de este centro comercial se colocó una piedra del Memorial. Buscó el nombre de Lorenzo tallado en el mármol negro.

Recuerda cuando lo abrieron, ubicado a pocas cuadras del mar, y fue con Lorenzo y su hijo adolescente a localizar la celda en la que Lorenzo pasó más de cinco años, en un espacio de 2,40 por 4 metros,

con otros. « ¡La encontramos!», pronunció en voz alta entre los sonidos del viento y la tormenta, levantando la voz para que ella misma se pudiera escuchar. « ¡Increíble! Pensar que ahora la han convertido en una zapatería...».

Recuerda las visitas de todos los sábados junto a Diego, su hijo. El encuentro entre ella y Lorenzo con el barrote metálico como elemento de división la zambulle en un mundo de arenas movedizas. Tal vez los dibujos que le hacía Diego a su papá un aro de gaviotas alrededor de la cabeza de una persona, el sol grande y luminoso, las casitas y barcos inclinados en el horizonte expresaban ese sentimiento de extrañeza, pero ¿por qué recuerda todo eso en ese momento? Se siente extraña, rara. Está envuelta en una frazada y se balancea en una butaca reclinable. El silencio y la soledad más las copas de vino tinto la sumergen en el vacío, el desasosiego y la angustia.

Siente la sequedad de la garganta, el sudor de sus manos, la respiración que empieza a acelerarse. El miedo está ahí, acechándola.

No puede frenar los recuerdos.

Las visitas no duraban más de una hora. En ese breve lapso en que se encontraban con Lorenzo afloraba la risa, la verborragia, el roce de sus dedos entre las rejas, la mirada devoradora hasta que llegaba la hora final marcada por el sonido seco de las altas botas que anunciaban la inexorable despedida. La alegría del encuentro se convertía rápidamente en tristeza.

Revive el miedo que sintió en aquel tiempo, se cubre con su manta, su piel vibra de tanta emoción. Esa extrañeza se instala en la piel del sueño hasta devolverla al espejo de la realidad.

Recuerda el tiempo anterior a la prisión de Lorenzo. Vivía junto a su hijo pequeño en la casa de la Ciudad Vieja, cerca del puerto. La casa era de altos con una larga escalera, pisos de baldosas blancas y negras,

como un dominó. Sobre la vereda de adoquines transitaba desde muy pequeño su hijo, Diego, velozmente en su triciclo rojo por toda la cuadra. Un tiempo de intensa felicidad, hasta que un día llega la Policía de Inteligencia para avisarle que a Lorenzo lo habían llevado preso. Muchas preguntas sin ninguna respuesta, solo esa palabra que envolvía el terror: preso.

Ana retornó con su hijo a la casona del Prado, junto a los padres de Lorenzo.

Fue un tiempo muy duro, pero se sintió envuelta en el afecto de sus padres, su hermana y en el cuidado de sus suegros.

Esperaba con ansia cada sábado para poder ir a visitar a Lorenzo y hacer desaparecer por un rato la angustia. Ana le contaba cómo Diego pedaleaba con fuerza en su triciclo por las veredas maltrechas de la calle de adoquines. Cuando subía y bajaba las escaleras haciéndose chichones, cuando jugaba incansable y a pelotazo limpio. Diego salía muy arreglado al jardín para volver siempre con mucho polvo de más y algún botón de menos.

Aquel era, a su modo infantil, un mundo soleado y con gracia. Un mundo de contrastes y dolores propios. Ajeno y no ajeno al país sacudido. Con un Diego que crecía sin pausas y que ya diseñaba un cierto aire serio y de ojos grandes, aunados a una especie de picardía más o menos juguetona.

Diego dibujaba mucho: casitas, flores multicolores, grandes árboles, y siempre soles y gaviotas que volaban en todas las direcciones.

Así fue hasta sus 8 años.

Y no era solo un universo de gaviotas. Era también un universo solar, que señalaba la ausencia.

Diego había crecido en calidez, en conocimiento y en ternura, en su andar tambaleante, cuando, finalmente, pudo retornar su padre.

El campo. Una balsa en el tajamar

La familia iba muy seguido al campo de los padres de Lorenzo. Llegaban en una camioneta repleta de cosas. Horacio trabajaba allí, era el capataz de la estancia, flaco, con la piel reseca y llena de arrugas. Trabajaba para Juan, el padre de Lorenzo. Aquellos días de vacaciones escolares, Lorenzo le pidió a Horacio que construyera una balsa para navegar junto a su hijo en el tajamar.

Horacio fabricó una embarcación con troncos de madera y cuatro remos de proporciones largas.

Lorenzo salía bien temprano durante varios días con Horacio, quien le enseñaba la postura de los brazos y del torso para una correcta navegación.

El tajamar estaba rodeado por cipreses; disfrutaban mucho en otoño cuando el follaje verde se transformaba en hojas rojas y doradas.

Hay que tener cuidado al salir del agua, ya que al pisar el barro las sanguijuelas se adhieren a la piel. Una vez, Lorenzo había ido solo al tajamar, y cuando llegaron a la casa Ana observó que tenía una mancha grande en el brazo. Se cortó con una rama muy gruesa de un árbol caído, sangraba mucho. «Tiene problemas de coagulación», pensó.

A la vuelta del tajamar, Horacio los esperaba con una gran fogata cerca del galpón, donde ensillaban los caballos y contemplaban el crepúsculo. Al bajar el sol Diego iba a buscar huevos al gallinero. Había que tener cuidado con las gallinas, porque al sacar los huevos, picoteaban. Horacio juntaba en un canasto los huevos colorados y en el fogón los cocinaba en una caldera negra. Era un momento mágico, un momento de comunión entre todos.

Navidad en el campo

Ana recuerda la Navidad en la que pasaban todos juntos en el campo: Lorenzo, Diego, los abuelos, tíos, primos y ella.

Al caer la tarde, Lorenzo recogía muchos hongos y los hervía en una olla grande. A la noche, probaban los hongos al escabeche, pero una vez Lorenzo juntó hongos comestibles y los mezcló sin darse cuenta con otros: eran hongos alucinógenos.

Ana recuerda esa navidad como la más risueña de todas.

El conejo de Alicia

Alicia es la señora que trabaja en la casa de campo de los padres de Lorenzo.

Diego tenía un conejo blanco con ojos celestes. Alicia dijo que en invierno no podían sacarlo al jardín porque el conejo se podía enfriar y morir. Así que Diego y sus primos hacían caso a Alicia, tenían mucho miedo de salir. Alicia amenazaba a los niños si salían a ver al conejo.

Alicia le daba de comer a todas horas. Le había puesto el nombre de Pompón.

Un día, el conejo desapareció. Los niños lo buscaron por toda la casa y por todo el patio. No lo encontraron, se entristecieron mucho y le contaron a Lorenzo. Era el día de Nochebuena. Lorenzo decidió ir hasta la casa de Alicia a preguntarle si sabía algo de Pompón, ya que quería que los niños estuvieran alegres en esa noche tan especial. Encontró a Alicia y a su familia preparando un guiso de conejo.

Ana recuerda a Pompón, de piel suave como un copo de nieve.

Una foto velada

Ana deja el álbum, le duele mucho la cabeza y siente palpitaciones, va al baño y toma los medicamentos de la noche. Son varios, los toma todos juntos, vencida por el sueño. Se despierta en la madrugada, no

reconoce dónde está ni por qué se encuentra allí. Se levanta y busca velas por todos lados y el farol encima de la mesada de la cocina. En cuestión de un segundo siente un arrebato de rabia que la lleva a tirar las fotos y romper un plato. Luego se acuesta e intenta reconciliar el sueño. Se despierta al mediodía y al dirigirse a la cocina se pregunta:

¿Qué ha pasado? ¿Por qué está ahí y esas fotos están desparramadas por el piso? ¿Acaso mientras dormía entró alguien y no lo escuchó? ¿Por qué está todo tirado? Su ropa, sus cremas, un plato hecho añicos. Escucha una voz dentro de su cabeza que le dice *todos tus recuerdos han desaparecido*. Envuelta en una bata abre la puerta de la cocina, se prepara un café, no se siente bien. Decide llamar a su hermana y le pide que la vaya a buscar. Al poco rato, su hermana llega, le ayuda a acomodar sus cosas y la lleva al centro de salud. Cuando para en un semáforo, mira por la ventana del auto. Le parece ver a Lorenzo cruzando la calle.

Al llegar a la mutualista la atiende el médico y le receta una serie de medicamentos.

Después de la consulta su hermana la acompaña hasta su casa y se queda con ella varios días. En un momento Ana revisa su cartera y se encuentra con la cámara de fotografía, le pide a su hermana que revele las fotos.

Ella cumple con su pedido y le lleva la única foto que ha sacado. Es una foto que está velada. Ana la mira, se detiene en ella y se queda pensando quién será dentro de unas horas cuando se enfrente con ese final.

LUNAR MONTEVIDEANO

Yael Szajnhole

La rambla de Montevideo parecía moverse al ritmo del taxi. Iba al Palacio Salvo desde Malvín. Debía llevar una encomienda. Estaba con cierto nerviosismo porque tenía (según me habían dicho) papeles importantes.

El vehículo llegó en hora, subí lo más rápido que puede, al sentarme me sentí segura.

— Voy al Palacio Salvo — dije.

El chofer asintió con la cabeza y se puso en marcha. Por un momento me llamó la atención sus lentes redondos con patillas negras. Pensé que tenía suerte pues no era de esos que sacaban conversación. El andar del auto mecía mi ansiedad. Comencé a prestar atención al paisaje que se imponía a través de la ventanilla. El río amarronado chocaba con delicadeza de seda sobre la arena de la playa. En el horizonte donde el cielo se convertía en agua, se podían ver dos veleros, parecían pintados. Las nubes blancas jugaban con mis ojos, dándome diferentes formas. En la vereda majestuosa de la rambla se veía gente corriendo al ritmo del viento suave.

“La belleza es casi imposible pintarla...” pensé.

Por momentos veía que el chofer me observaba por el espejo retrovisor, su mirada fría me incomodaba.

Al llegar a la rambla sur el agua chocaba contra el muro con cierta violencia. El reflejo de los rayos solares lo hacían parecer anaranjado. El taxista dobló rápido, esto hizo que mi cuerpo se deslizara hacia la puerta. El trayecto se volvió cemento, casas, paredes y vereda se unificaban en

diferentes tonos de gris. Llegamos a la Plaza Independencia, el coche la cruzó con velocidad.

— ¡Acá, es acá! —le indiqué pues creí que se estaba pasando.

Frenó sobre el cordón frente al Radisson, se dio vuelta y comenzó a gritar con ademanes ampulosos.

— ¡La puta madre que te parió!, —dijo — ¡hija de puta, ustedes son todas iguales!, histéricas, —continuó — ¡necesitan una buena cogida!

Su respiración se asemejaba a la de un toro.

— Calladita la boca pendeja de mierda, no me digas cómo manejar. — expiró fuerte.

— Son cuatrocientos veinte pesos.

El silencio se apoderó del taxi, abrí con dificultad la cartera saqué quinientos pesos y se los pasé por el cajoncito metálico.

— Y encima le tengo que dar cambio a la muy pelotuda.

Bajé con rapidez, el rugido del coche tapó al agitado tumulto. Comencé a caminar por la Plaza Independencia, vi el excremento blanco de palomas sobre la estatua ecuestre de Artigas. Mis piernas empezaron a perderse mientras temblaban. La señorial casa de gobierno se presentaba como un gigante estancado. Mis manos comenzaron a transpirar frío. El techo abovedado del Palacio Salvo parecía reflejar rayos de luz perdidos.

Mis dientes comenzaron a tiritar, no lograba cruzar, los autos, ómnibus y taxis eran un río embravecido. Entré en modo automático, veía lo imprescindible, escuchaba lo necesario, caminaba como si otro lo hiciera en mi lugar. Las palabras del taxista se clavaron en mi memoria como agujas de acupuntura.

Ensimismada entré al Palacio, los portones verde inglés vigilaban con dignidad el trajinar de los transeúntes. El Art decó, invadió mi cuerpo. El frío del mármol subió por mis venas. Anchas y señoriales escaleras esperaban presuntuosas. Las comencé a subir, debía llegar al tercer piso. De pronto una ráfaga pareció atravesar mi cuerpo, me tomé de la baranda. Desperté de mi letargo, sentí que el aire pesaba y no lograba respirar. Un profundo sentimiento de desamparo se apoderó de mi alma, comencé a llorar.

— ¿Viste a Don Pedro? — preguntó una señora — ¿necesitás ayuda?

—Tengo que ir al 302 — dije sollozando.

— Tranquila, tranquila te acompaño, es común ver al Don, no debes asustarte, es un hombre cortés, yo hace siglos que vivo aquí y te aseguro que es una energía bondadosa, nos cuida de los robos y los accidentes.

La miré intrigada.

— ¡No me digas que no sabes la historia del fantasma del Salvo! José Salvo uno de los dueños, falleció cinco años después de la inauguración del edificio. Fue asesinado por un sicario contratado por su yerno.

Tragó saliva y siguió:

— Hay infinitas historias sobre el generoso espectro, se caracteriza por ayudar a mujeres en apuros.

Me miró con intensidad. Sus ojos violáceos, intentaron indagar los míos.

— Recién tuve una muy mala experiencia por eso estoy así —l e dije.

— El Salvo trae suerte, pésimos estudiantes mejoran sus calificaciones, empresarios logran cosechar grandes negocios y mujeres conocen a su amor. Sólo debes agradecer antes de irte.

Siguió con su discurso rumiante, parecía no haber escuchado lo que acababa de decir. Las palabras fluían de su boca mientras observaba un punto fijo.

Llegamos frente al apartamento 302.

— Es aquí, mucho gusto en conocerte.

Se dio media vuelta y se marchó. Su figura se fue desvaneciendo sin dejar rastro.

La cabeza de un león de hierro esperaba que el aro que colgaba de su boca sea golpeado. Toqué, se abrió la puerta, dentro había una pequeña oficina mal iluminada. Al ingresar me encontré con dos hombres embutidos en sus computadoras. Uno de ellos preguntó si deseaba algo, le dije que venía a entregar un paquete, estiró la mano, le di la encomienda.

— Gracias — dijo sin mirarme.

Volví sobre mis pasos, el vitral me recibió con sus colores encendidos por los rayos solares. Quedé embelesada por las figuras que parecían dar la bienvenida. Miré hacia arriba y los caireles de las luminarias bailaban buscando reflejar su luz.

El mármol jaspeado de negro de la escalera me invitó a seguir bajando. El recuerdo del taxista turbó mi pensamiento. No quería salir, el terror disfrazado de perplejidad volvió a tomar mi cuerpo. Un hombre alto, elegante que llevaba paraguas negro pasó a mi lado, se sacó el sombrero bombín y saludó inclinando la cabeza.

“Gracias Don Pedro” le dije sin titubear.

Esa noche la tele estaba prendida, habitualmente la usó como compañía, me llamó la atención la noticia de un taxista que había atropellado a un hombre de mediana edad. Por consecuencias de las heridas falleció. En la escena se podía vislumbrar un paraguas negro desvencijado tirado en el asfalto. La cámara tomó al chofer, estaba esposado y llevaba puesto unos lentes muy redondos de patillas negras.